

**CARTAS Y  
COMUNICACIONES**



Ángeles López Ruiz

Profesora Delegada en «Formación de Adultos»

*Tienes esa firmeza sosegada  
del volar de los pájaros marinos  
y se quiebra tu sombra en la salada  
profundidad de los cien mil caminos  
(Celia Viñas)*

Descubrí a Manolo del Águila en mi juventud, cuando un día escuché en Radio Nacional: ... *Desde Almería,...* Manuel del Águila. Desde entonces casi todas la noches le escuchaba.

En sus comentarios creí adivinar algo que posteriormente cuando le conocí pude confirmar: su doble sentido a las frases, a los comentarios trazados sutilmente, que invitaban a «leer entre líneas».

En aquella década de los cincuenta, cuando la libertad de opinión era tan restrictiva, escuchar los comentarios de Manolo del Águila y tratar de comprenderlos en todo su sentido, me traían aires de libertad. Era algo así como escuchar la Pirenaica en bonito y adivinando el mensaje.

Durante un tiempo, seguí desde lejos, sin conocerle personalmente, sus composiciones y su vida.

Compartimos, sin saberlo, amistad, cariño y admiración por Celia Viñas. Yo fui su alumna durante los cuatro últimos años de su docencia en el Instituto que hoy lleva su nombre. Manolo su amigo, su confidente.

Años después, Manuel, sensible a los movimientos ciudadanos, al mundo de la educación popular y por vínculos familiares con el Barrio de Almería donde yo estaba de maestra, me encontró a mí.

Tuvimos alumnos y amigos comunes que inevitablemente nos descubrieron el uno al otro. Y así llegó el encuentro.

En ese doble sentido que Manolo sabe captar de los acontecimientos importantes, realizó una propuesta para el premio Bayana. Él sabía que, con su propuesta, el Almeriense del año 1982 iba a ser realmente la cultura y la educación popular en los Llanos de la Cañada, aunque yo lo recogiera.

Manolo es algo tan sentido y querido por Juan, mis hijos, familia y amigos que no entra en ninguna definición de vínculo. Es más que amigo, hermano, compañero o confidente.

¡Las tertulias y los días compartidos con él son un goce, un aprendizaje del presente y del pasado!

De «sus tres madres», conocí a Manuela. ¡Cuánto amó a Manolo!: Su niño grande.

Manuela sabía las mejores recetas de cocina, los platos más elaborados y ricos de la antigua cocina almeriense.

Manuela, discreta, señora en el sentido más hondo de la palabra, depositaria de esa sabiduría popular que la compañía de Manolo supo sacar a la luz, exquisita, cariñosa con todos los que ella presentía que queríamos a su niño.

Comparto con Manolo, además de muchos otros aspectos, su visión de la vida y «su ser maestro»...

Manolo es docente no sólo por ejercicio polilingüe, sino por vocación: cuando habla trasmite, enseña. Siempre que estás con él aprendes algo nuevo, brillante, interesante...

¿Por qué?:

Manolo es palabra. Palabra que siente, que sueña, que danza.

No es posible hablar de la identidad cultural de Almería sin referirnos a Manolo del Águila.

Si pensamos que la identidad de Almería no pertenece al mundo de las esencias intemporales e inmutables, sino al de las vivencias determinadas históricamente, Manolo es un cúmulo de vivencias personales o ajenas que sabe transmitir.

Él interioriza la realidad.



---

*Haciendo teatro quinteriano*

Su visión del mundo. Una visión que le permite situar, en su propio esquema de percepción de la realidad, cada uno de los elementos con los que se ha relacionado durante su vida. Sus viajes, lecturas, acontecimientos, personajes a los que ha conocido y «leído el alma».

Esta imagen del mundo, esta cultura universal o cosmovisión, es la que hace que Manolo otorgue a cada realidad su valor, en relación con las restantes realidades y con el mismo o con quienes somos sus amigos o lectores.

Pocas personas han estado tan tocadas por la magia como él. Adorna cuanto narra o compone, cuanto describe con la magia de la realidad más bonita y más humilde.

Es capaz de percibir la existencia con una intensidad fuera de lo normal. Sus penas, «son sus penas», sus alegrías son las de todos los que le conocemos y tratamos. Contagia vida. ¿No es esto un arte difícil y generoso?

Su arte, también, ser fuego que no quema, mensaje profundo por lo más insignificante, como es la propia vida. Sabe ser y estar. Comunicar y recibir. Su crítica es fina, inteligente, aguda, respetuosa... Manolo, es un demócrata por praxis, con ese sentido de la democracia que da el conocimiento de muchas culturas, de muchas ideologías y convivencias; de muchas personas, lenguas y países.

Es el viajero sin fronteras.

Esto se percibe en sus escritos y composiciones que palpitan ternura, sensualidad, sobrecogimiento alegre melancolía, chispa y regocijo.

Cuando está con nosotros nos contagia la felicidad simple y prodigiosa de vivir. Manolo cada día nos enseña que la existencia es un espectáculo grandioso y que para gozar de ese tesoro misterioso y fugitivo tan sólo hace falta abrir bien los ojos.

¿Es posible ser tan universal y al mismo tiempo tan localista? ¡Sí!

Mano es como Almería abierta al mundo pero muy suya.

Ama hondamente a Almería y sus gentes, sin distinción de clases.

Y de Almería el mar, y del mar el Alquíán, y del Alquíán sus gentes, sus arenas y azucenas, y de las azucenas a su Virgen Marinera. Nadie como él describe la milagrosa historia de la Virgen del Mar, en su elegía marinera *Seis chiquillos en la orilla* (1988).

Nadie como él cantó a la Virgen del Mar (su «cuarta madre»).

Nadie como él relata las anécdotas más entrañables e interesantes de la vida. Son leticia (alegría) en un momento en que la mayoría de la prensa nos trae «noticias» casi siempre en versión negativa.

Creo que el IEA de Almería con este Homenaje a Manuel del Águila acierta de pleno. Los almerienses le debemos a este singular personaje cuanto menos un público y reconocido respeto.

Mi felicitación a quienes lo han promovido y de un modo especial a Pilar Quirosa que se dirige a mí pidiendo esta reflexión sobre una persona a quien quiero y admiro porque la conozco en profundidad.

Tú, Manuel del Águila, nos aportas una visión de la vida en bonito. Algo tan necesario en estos tiempos.

Queremos con este reconocimiento, que no es halago, pedirte que continúes siendo verbo, que narres, que escribas, que compongas como hasta ahora lo vienes haciendo.

Queremos seguir compartiendo la vida contigo, percibiendo de Ti ese don que pocas personas poseen: La libertad intelectual.

Libertad intelectual que te has labrado haciendo de tu vida un aprendizaje continuo, íntimo, profundamente ligado a tus motivaciones personales, a tus ansiedades existenciales, que sé has tenido, a tus experiencias significativas, a tus pasiones y a tus sueños.

Queremos ser agentes y testigos contigo de la construcción de un mundo solidario, universal como tú, para todas las personas sin distinción de cuna, sexo, raza o color, para todos nosotros que nunca tolerarías que nuestro camino por recorrer sea bloqueado y que nuestra trayectoria personal sea interrumpida, que nunca toleraríamos la muerte intelectual ni que se nos impidiese aumentar nuestro potencial y desarrollar nuestras capacidades. Algo que tú supiste siempre hacer aún en lo tiempos más difíciles.

Te pedimos seguir siempre escuchando tus mensajes «entre líneas», entre compases...:

*Desde Almería... Manuel del Águila.*



María Rosa Granados

SR. D. Manuel del Águila

ALMERÍA

Querido Manolo:

Ya ves, ahora que estamos en pleno auge del e-mail yo te escribo una carta. Seguramente porque añoro, un poco, esta forma de comunicación cuya, casi, desaparición parece irreversible con los planes baratos de las compañías de teléfonos y las tarifas planas de Internet.

Quiero agradecerte las cosas que me has enseñado sobre Almería, una de mis asinaturas favoritas. La historia íntima de algunos de sus rincones, de las gentes que, aún, transitan cada tarde por el paseo o de sucesos que tú has vivido y que hemos llevado a los almeriense a través de los programas que hacíamos juntos primero en Radio Juventud y luego en Radiocadena Española.

¡Que tardes!, hablando de los usos y costumbres de Almería contigo, José María Artero, Francisco Medina o Marino Álvarez. Contabas cosas como las del empleo de bolas blancas y negras para admitir, o no, a un nuevo socio en el Casino Cultural que tenía mucho de lo primero y muy poco de lo segundo. O tu célebre entrevista con Brigitte Bardot cuando vino a rodar una película a Almería. O que tu primer alumno en clase de francés fue Paco Pérez Company (por cierto, relatabas que aquello de dar clases particulares no estaba bien visto por la sociedad de entonces porque indicaba una no muy buena posición social). Y cuando recitabas «El Trapero». En fin, una delicia.

El caso es que yo ya sabía de ti desde el Instituto, cuando ponías música a los poemas de Celia Viñas. Y más tarde tus composiciones *Los campanilleros de Cabo de Gata* y especialmente *Si vas pa la mar* que rezuma puro almeriensismo, trasciende las fronteras provinciales al grabarla la Orquesta y Coros de RTVE y cantarla nuestro paisano Manolo Escobar.

Te aseguro que en aquellos tiempos en los que la mayoría nos conocíamos más que al vecino de nuestra calle, era un orgullo poder decir que, alguna vez, habíamos hablado contigo.

Y cuando Almería estaba aún incomunicada y casi perdida en el mapa, tú fuiste quien contaba sus pequeñas o grandes actividades al ser el primer corresponsal de Radio Nacional de España en esta provincia.

Por eso, porque sigues siendo una persona importante para muchos, no hacía falta que pusiera tu dirección. Sólo ALMERÍA.

Tendría muchas más cosas que decirte pero lo dejaré para otra ocasión. De todas formas voy a verte mañana.

Un abrazo

María Rosa Granados

*Manuel Sánchez Tamayo*

*Panadero*

Estimado amigo: Manolo del Águila

Al tener conocimiento nuestro barrio de que merecidamente te harán un homenaje, ha sido aquí la mayor alegría que se ha recibido, mayormente nosotros tus íntimos, aquel grupo de la panadería donde tú pasabas muchas noches con ellos, hasta altas horas de la madrugada.

Éramos tus sobrinos Manolo y Pepe Juan «el Biomba», Manuel el Quevedo, el Quico y yo, mantenías con nosotros unas relaciones cariñosas, hasta el punto que parecías un trabajador más ¡Que tertulias más hermosas! Con trato siempre sencillo con los pescadores y trabajadores de la tierra, participando de lleno en todo, aportando tus letras y tu música y ese aire nuevo de libertad de pensamiento de cultura de comprensión y de afecto hizo que todos te quisiéramos; y para los que vivimos aquí es un orgullo tener un paisano de esa categoría.

Un abrazo de tu buen amigo.

Manuel Sánchez Tamayo.

PD. Tenemos conocimiento que desearías pusiesen tu nombre al Instituto del El Alquián, nosotros los amigos trataremos y apoyaremos para que se lleve a efecto.



*M<sup>a</sup> José Cotta*

*Ama de casa-Mecanógrafa*

Hace muchos años que conocí a Manolo del Águila. La primera vez que fui a trabajar a su casa pensé: «Un señor mayor, solo ¿será uno de estos quisquillosos?».

Nada más conocerle su simpatía me hizo estar más tranquila en aquella cita, luego me dijo que en la casa me organizara yo, como yo quisiera. Y por último me dio las llaves de su casa, algo que me dejó extrañada, pues lo acababa de conocer.

Ese primer día salí contenta, pero no sería el único de todos estos años. Cuántas veces he llegado, y luego, y lo primero que dice: ¡ah, venga M<sup>a</sup> José! siéntese unos minutos y descanse. Unos minutos que pueden ser prácticamente media mañana charlando. Nunca lo he visto de mal humor, tampoco nunca me llamó la atención, y eso que un día sin querer le derramé un perfume francés, cuando le dije lo que me ocurrió, él sonrió y dijo una famosa frase de él cuando ve a alguien en apuros: «Pero, ¿se ha muerto alguien?». Otro momento anecdótico fue el primer verano que trabajaba allí, hablamos sobre las vacaciones, él se iba al extranjero, yo admiraba su suerte y le dije que yo me quedaba en casa. Ni corto ni perezoso, me dijo que de eso nada, que ¿para qué tenía él su casa de Costacabana? Así que todos los años, cuando llega el verano me va advirtiéndome de lo poco que me queda para las vacaciones. He tenido mucha suerte en conocer a Manolo, entrado a trabajar en su casa, si se le puede llamar trabajar a charlar y reír, ver cintas de videos, y pasarle trabajos a máquina. El balance de todos estos años con Manolo, ha sido muy positivo, es un gran hombre, un buen amigo y sobretodo una gran persona llena de optimismo, sabiduría y bondad.

Su casa, es mi casa y casa de todos los que quieran encontrar: un buen amigo.



*Josefa Palenzuela*

*Pescadora*

Soy nieta, hija y mujer de pescadores, y toda mi vida ha pasado dentro de este mundo. Y he vivido en El Alquíán, excepto las temporadas que he acompañado a mis familiares a Huelva o Casablanca, durante los tiempos que duraban las almadrabas, temporadas en que los pescadores faenaban en otras zonas y a veces las mujeres íbamos para aviarlos.

Mi padre José, era íntimo amigo del padre de Manuel y cuando éste venía de Almería en bicicleta, que era casi todos los sábados y domingos lo visitaba y se sentaban debajo de la higuera de la puerta, de la que se llevó unas ramas para plantarla en su casa de Costacabana, porque le gustaba que le contara cosas y sucesos de sus padres, que murieron siendo Manolo un niño pequeño.

Mi padre y el suyo habían sido muy festeros y tocaban la guitarra y cantaban. Como tuvieron muchos hijos con cualquier motivo hacían una fiesta. Y los más viejos recuerdan todavía que fue una gran persona y el mejor alcalde que mandó construir y pagó de su bolsillo el cementerio y la iglesia que tenemos. Mis padres hablaban de él como de una persona extraordinaria.

Su hijo Manuel aunque vivió con sus tutores y padrinos decía que le gustaba ser jabegote más que otra carrera. Venía mucho a la playa y se sentaba a escribir al costado de las barcas. Se bañaba el año entero, hiciera frío o calor, porque era muy deportista, pero le gustaban mucho las faenas de la mar y tiraba de la tralla y vareaba y arreglaba las artes con mis hermanos.

Con frecuencia traía con él al guitarrista Richoli y nos daba conciertos y como tenía muy buen oído y entonces no había tele, nos enseñaba las coplas de moda.

Fue siempre muy humano, muy buen amigo y muy sencillo. Aunque trataba a todo el mundo prefería siempre estar con los pescadores y los campesinos. Y cuando acabó la guerra, que hubo muchas cosas malas y venganzas, él y su madre ayudaron mucho a gente del pueblo y a nosotros mismos.

Tengo muy buen recuerdo de él y cuando nos vemos lo hacemos como hermanos. Es una gran persona y sabe mucho de todo.



Donato Gómez Díaz

Catedrático de Historia Económica

Universidad de Almería

Mis recuerdos sobre Manolo corren paralelos a la adolescencia. Manolo era amigo de mi padre, con el que compartía aparte de la visceralidad antifranquista las reuniones de una de las tertulias del desaparecido *Café Colón* del Paseo, que convocaba en las tardes almerienses a un numeroso grupo de amigos funcionarios, profesores y médicos. Una lista tan larga que no me atrevo a poner. Allí se discutían temas culturales, futbolísticos, y cuando se podía políticos. Estamos en la España de los años sesenta y comienzos de los setenta.

Así, que cuando yo tuve que reforzar mis conocimientos de francés en nuestro país la enseñanza de los idiomas siempre ha sido deficiente, naturalmente fui a las clases particulares de don Manuel del Águila.

Las clases se desarrollaban en una sala adjunta a su vivienda de la calle Granada, limitada en los bajos por una espartería y una fábrica de lápidas, que además pronto aprendí, y es lo importante, estaba junto al bar Bonillo, donde ponían unas excelentes tapas de patatas-bravas. La clase en el primer piso contaba con un piano en el lateral y al lado opuesto, en la paralela que corría el espacio desde la ventana a la puerta, había una mesa para diez o doce alumnos donde me senté durante varios años y, después, siempre que necesité refrescar mis conocimientos de francés. Creo que por allí han pasado la mayor parte de quienes aprendieron francés por esta época, y más tarde muchos de los que se interesaron por el inglés, cuando el idioma original de la *Encyclopédie* fue sustituido en las demandas de la sociedad por ese otro de los *business*.

Utilizábamos el Método de Francés Massé, un pequeño libro que se adquiría en una papelería próxima y comenzaba la primera lección con *Qu'est-ce-que c'est?* Cuando íbamos por la lección veintitantas, los más adelantados trabajábamos otro texto que él había preparado, con rebuscados temas que debíamos traducir y corregir en clase. Acudíamos tres veces a la semana, entre las cinco y media de la tarde y las diez de la noche; todo era un entrar y salir de niños.

Las clases eran bastante atípicas. Manolo se sentaba en la cabecera y desde ahí, entre toma de lecciones de francés, traducciones y solitudes de atención, nos reconducía con su óptica de librepensador a planteamientos de respeto a los principios de convivencias y de libertad «*liberté, égalité et solidarité*», y nos enseñaba que las relaciones entre los seres humanos son naturales. Algo bien alejado de los timoratos deseos de la sociedad de la época, o a las lecciones aprendidas en los cursos de *Religión* y de *Política del Espíritu Nacional*, de obligado cumplimiento en los planes de estudios de entonces.

Sin embargo, esto no era todo. Los recuerdos son muy vivos. A la sala de clase le antecedía una escalera que llegaba hasta el primer piso, donde había un rellano con mesita y dos sillas que se llenaba de adolescentes un poco antes de las medias horas; niños que iban entrando conforme se acercaba su momento, y después salían juntos. De vez en cuando, el sonido de la charla y las risas jóvenes se elevaba, entonces Manolo se asomaba al rellano muy serio y chistaba pidiendo silencio. Las clases en aquella España de los años sesenta con división de sexos y más que eso, separación obligatoria, allí eran mixtas. Por eso, aquello era nuevo y precioso. De aquí salieron muchas relaciones, bastantes amigos, y no pocos noviazgos, porque el francés aparte del idioma de la diplomacia es también el idioma del amor.

Posteriormente, Manolo, que durante muchos años ejerció igualmente el periodismo, ha sido reconocido como compositor y experto musicólogo, escritor, conferenciante y *memoria* de una época; yo a veces me sorprendo del calado que su actuación ha llegado a tener en la sociedad almeriense fuera de los círculos oficiales, o quizá mejor gracias a eso.

Por mi parte, siempre lo recuerdo como profesor y amigo, que en una época en la que poco se podía decir o hacer, participó en mi formación como librepensador mucho más de lo que hicieron quienes tenían la obligación moral de superar el anticuado sistema de valores franquista.



---

*Aquí le tenemos viajero por Alemania. La patria puede esperar*



*Fru Furelerty*

*Profesor de Literatura Española*

*University of California, Berkeley*

Conozco al profesor D. Manuel del Águila Ortega, a través de numerosos escritos en los que demuestra gran lucidez de contenido, profundo conocimiento de los temas desarrollados y una clara belleza de expresión, manteniendo siempre un amplio y rico lenguaje, que suelo usar en mis clases de español en esta Universidad.

Sé de su profundo conocimiento de la vida y obra del poeta García Lorca, por varios de sus trabajos que me han sido enviados, en cruce amistoso con otros míos, que sobre su teatro y obra poética tengo publicados.

Tengo la seguridad de que esta relación tendrá una larga continuidad porque ambos trabajamos y amamos el ancho campo de las buenas letras.



Norman Palmar

Catedrático y profesor de Filosofía

Université de Paris-Sorbonne (Paris IV)

El talgo que me llevaba a Almería despegó y avanzó con una lentitud, a la cual ya no estaba acostumbrado. Mi cabeza estaba llena de recuerdos y sensaciones. Era la primera vez que emprendía un viaje, donde tenía que encontrar a mi amigo Jacinto Soriano, catedrático como yo, en la Sorbona de París.

A medida que el tren avanzaba, en medio de un paisaje de una aridez sorprendente, me decía que la poesía era un modo de expresión fascinante para entenderlo y poderlo explicar. Comprendí entonces que la carga emotiva, propia a ese género literario, permitía ir más allá de lo que la prosa vehicular.

Fue acompañado por estas reflexiones, mientras proseguí mi viaje. El tren pasó por Despeñaperros, nombre que me conmovió y que atribuí a la barbarie de las costumbres pasadas. La sequía de la región almeriense me sorprendió muchísimo.

Durante mis primeras estancias en esa región fines de los años ochenta y siguientes de los noventa me pareció que esa tierra de chumberas difícilmente podía permitir un tipo de cultivo intensivo y rentable.

Esta percepción pesimista fue más tarde desmentida por el sistema de invernaderos y goteo que en muy poco tiempo hizo de la región un gran vergel y una de las agriculturas más prósperas de la península.

En Uleila del Campo, conocí a Manuel del Águila Ortega, una personalidad de sólida cultura y de una fineza humana sobresaliente. He tenido desde entonces la posibilidad y el placer de hablar largo y tendido con él.

Todo acaeció con motivo del encuentro organizado por Jacinto Soriano y que dio por nombre *Volver a Uleila*. A partir de entonces y

durante varios años se han realizado con regularidad y las primeras impresiones sobre Manuel del Águila de afianzaron y crecieron, demostrándome la solidez de sus conocimientos ampliamente antropológicos, la ágil belleza de expresión y su humano y amplio sentido de la amistad.

Recuerdo, las discusiones que tuvimos sobre poesía, la literatura y tantos otros temas. Fueron muchos momentos de plenitud intelectual, durante los cuales las vivencias se escurrían muy a menudo hasta rayar el alba.

Lo cierto es, que entre amigos como Manuel del Águila, Jacinto Soriano, Antonio Urrutia, José Rivas y tantos otros, que no podré olvidar, siempre palpité el humanismo.

La interrogación sobre el trágico destino de la humanidad estuvo, desde luego, presente entre nosotros.

Jacinto Soriano

Université de Paris-Sorbonne (Paris IV)

Cuando vi por primera vez a Manuel del Águila hace ahora sus buenos y míos cuarenta años no podía yo entonces imaginar que andando el tiempo me uniría con él una entrañable amistad.

Por aquella época del triunfo de instintos gregarios, imitativos, sincronizados, época «procusta» de igualamientos militarizados y ritmos centuriones, Manuel del Águila me parecía la brillante explosión de las «cualidades terribles» que Nietzsche había reconocido en los mediterráneos del otro extremo que son los griegos. Manolo alardeaba de singularidades en un mundo homogeneizador, de espontaneidades en una atmósfera prefabricada; era la iluminación estoy convencido que estudiadamente provocadora de la franqueza y de la naturalidad. Dejaba creer que lo mejor del hombre pasa siempre más allá de los modelos «heroicos» y del otro lado de los catecismos ripaldianos por la manifestación directa de su fuero interno.

¿Por qué hablar de Manuel del Águila tal como lo recuerdo en el pasado, cuando está vivo y coleando delante de nosotros? Pues porque trato de encontrar, en una arqueología de los sentimientos, el origen de este inmenso gozo que es su amistad siempre presente y viva; y también porque trato de demostrar cómo en un mundo que era romo, obtuso, hostil en suma, la fuerza de la vida es imparable, y esa fuerza es él.

Hay hombres que por instinto, por alguna especial «gracia» que les ha tocado en suerte o por eso que llaman «duende», comienzan por hacer de la vida su propia obra de arte. Ése es el Manuel viajero y genial zascandil por calles y pueblos, desde Europa a la Puerta de Purchena, libando siempre las esencias más delicadas y probando la vida como se prueba un manjar y nos probamos un traje en las experiencias más intensas y más fecundas: no hay más que oírle hablar. Y todo este inmenso gozo estético es decir, vital está sostenido por una capacidad «naïve» de imprimir en cada gesto, en cada palabra y en la acción más cotidiana el espíritu y el genio que sintetizan el *ethos* más radical.

No podía ser de otra manera; en Manuel del Águila el arte tiene que ser también obra de vida; su poesía, sus escritos periodístico, sus crónicas en la radio, su música, sus inagotables fábulas...; nada de esto tiene el carácter sistemático y «profesional» del poeta, del escritor, del periodista o del compositor. No hay en esa obra diversa y rica nada que venga de la distancia que impone el quehacer del oficio. Manuel sobrevuela en velo rasante y cercano de las cosas (no quiero que esto sea onomatología barata) estos terrenos con la actitud siempre ingenua y campechana de que aquí se fragua su propia vida; como si el arte estuviera hecho más para construir su misma existencia personal que para expresar alguna arcana profundidad genial e inmóvil. Deleite de las cosas; de esas cosas nimias de lo cotidiano que de pronto bajo su mirada se rehacen en un sentido que las convierte en *obras* y nos hace ver que en ellas se cifraba una experiencia de amor: es el molinillo multicolor que me da el trapero, es el cañillo de la Puerta de Purchena «Fontana de Trevi barata», es el quehacer perfumado de especias y sabores de una matanza campesina... por citas algunos ejemplos de los infinitos motivos de su poesía y su enjundiosa crónica periodística. En esto reside la divertida frivolidad y la tremenda seriedad de una obra como la de Manuel del Águila. La sensibilidad popular, que incorpora su música izada ya a la dignidad de creación anónima, no se equivoca.

La vida se manifiesta en todos los hombres pero en Manuel del Águila posee tal desnudez y franqueza, tiene tal capacidad de deseo, de fruición y regodeo, de amor a la existencia, que resulta ejemplar.

Para mí, que me precie de conocerle en la medida en que esos hombres-caleidoscopio inagotables de formas se dejan comprender, la *intención* más honda, el sentimiento radical que constituye el nudo cordial de su obra y de su vida es pasar, aunque sea de puntillas, por el mayor número de posibilidades de ser; es ¡agotar el mundo!

*Francisco Moncada*

Creo que fue Picasso el que dijo que cuando se nace joven se es joven toda la vida, con lo que daba a entender que la juventud es cosa del carácter de cada uno, que no importa la edad que se tenga para respirar juventud, y que ser joven no es sólo un circunstancia, como siempre habíamos pensado, sino que es, además, una cualidad. Y esto es lo que hay que destacar como rasgo más acusado y característico de la personalidad de Manuel del Águila, al que sus amigos llamamos Manolo.

Pues bien, Manolo se propuso ser joven siempre, y a fe que lo ha logrado. Testigos somos de cómo ha ido dejando en la cuneta a muchos de su generación, a los que recuerda con cierta nostalgia, pero sin tristeza, que lo triste está reñido con su carácter. De igual forma procura eludir todo lo que parezca lóbrego y cutre, y hace lo posible para que le resbalen las penas, aunque se estremece especialmente con los débiles. Creo descubrir una lágrima oculta cuando habla de su madre adoptiva, doña Lola, y de Manuela, la tata que le cuidó desde niño.

Manolo abre los «archivos mágicos del recuerdo» y te cuenta la novela de Almería que nunca se escribió y que sólo él podría escribir si se pusiera a ello. Yo le animo, pero él prefiere la charla tranquila, el paseo lento al sol del mediodía y, cuando le apetece, escribe un artículo para la prensa. A mí me parece que éste Manolo es un griego venido de cualquier isla del Egeo. Su palabra es plástica; quiero decir que sus frases son muy expresivas. Pasa de un tema a otro para recoger finalmente el hilo de la conversación inicial. Te cuenta cosas y tú estás viendo la película o leyendo la novela, sin darte cuenta de que las horas pasan fugaces como minutos.

Me gusta la charla con Manolo mientras recorremos las calles antiguas de Almería y le escucho lejanas historias de la ciudad y sus gentes. Reviven así personajes a los que llegué a conocer en tiempos de mi juventud: profesores, artistas, políticos, tipos populares, gentes de más o menos rango social, de valía intelectual unos, de gran personalidad otros, de bondad infinita algunos, entrañables en

el recuerdo casi todos. También hemos recorrido los paisajes provinciales, hemos comentado libros y películas, hemos compartido programas de radio, columnas de periódicos y comidas familiares. Siempre le ha acompañado el optimismo y simpatía natural que le hace acreedor de innumerables amistades, muchas de ellas surgidas de su labor como profesor de idiomas durante muchos años. Sabido es que por sus clases han pasado miles de alumnos que ahora, ya mayores, le paran por la calle y le abrazan cariñosamente como signo de una amistad perdurable.

Nunca vi a nadie tan compenetrado con los jóvenes como este Manolo del Águila, animador de tertulias y reuniones, escritor de artículos volanderos, profesor, poeta, músico, conferenciante y, en definitiva, cultivador de las más nobles esencias almerienses. Su obra artística, dispersa en libros, periódicos y partituras, nos daría para profundizar en el conocimiento de un personaje muy singular al que consideramos como uno de los almerienses más luminosos de las últimas décadas. Yo me congratulo de ser un amigo cercano desde hace muchos años, quizás desde aquellas primeras colaboraciones radiofónicas a mediados de los años cincuenta. De aquellos años guardo en la memoria los viajes que, tanto a mí como a otros compañeros, nos contaba Manolo en las noches del Café Colón, donde un grupo de jóvenes soñadores nos reuníamos al término de los programas. Y allí, entre fantasía y realidad, Manolo abría el libro de las maravillas y nos explicaba cómo eran las orillas del Sena a su paso por París, la hermosura renacentista de la catedral de Florencia y la majestuosa solemnidad del Parlamento inglés. Después, con el tiempo, todos hemos enviado alguna vez una postal a Manolo para decirle que, efectivamente, París es una fiesta, que toda una vida no es suficiente para conocer Roma y que Atenas es un hermoso lugar para quedarse mucho tiempo.

Me precio de conocerle bien y puedo asegurar que Manolo no aspiró nunca a ser famoso (ni falta que le hace), ni se dejó seducir por tentaciones que le llevaron más allá de las fronteras provinciales. Él entiende, con un libro de Albert Camus en las manos, que es lo suficientemente rico como para poder mirar tranquilamente el mar cada día. ¿Acaso no basta? Frente al Cabo de Gata, en su rincón de las bugambillas, rodeado de libros y recuerdos, junto a su «Boisselot» de 1840, que suena más clave que a piano, y cuyas teclas fueron acariciadas por aquella joven maestra que un día llegó a El Alquíán...



---

*Animador siempre de sueños de belleza*

Y así, como sin querer, el aire se irá llenando de hermosas historias en las que siempre termina por aparecer alguna de esas inolvidables criaturas que Dios regaló a Almería: Celia Viñas, Arturo Medina, Cristo Sánchez, Richoli, Perceval, Emilio Carrión, José María Artero... mezclados con los sonoros aires de *Peteneras de la orilla*, *Si vas p'a la mar* y el *Zorongo gitano*, para terminar, si es menester, con alguna melodía de Richard Kleiman. ¿Para qué más si tienes el corazón lleno de cosas hermosas?

Entre música y lectura, conversación con los amigos, viajes, paseos y curiosidad por cuento le rodea, Manolo mantiene su estado de permanente juventud, con su alegría por la vida y esa gran facultad de saber sacarle partido a su tiempo, hora a hora, minuto a minuto. Por muchos años.

*Ángel Felices Lago*

*Vicerrector de la Universidad de Granada*

Han pasado ya algunos años, pero el recuerdo permanece muy vivo. Como perduran aquellas vivencias que dejan una huella indeleble en nuestra existencia. Y esa existencia, la mía, ha estado marcada para siempre y desde mi temprana juventud por el feliz encuentro con un maestro, un amigo, casi un padre. Hablo de Manuel del Águila. Sus múltiples facetas son de sobra conocidas y yo no voy a descubrirlas ahora. Sin embargo, su dimensión como maestro y guía han ido mucho más allá de lo que se pudiese esperar de un transmisor de conocimiento. Su profunda humanidad le ha llevado a implicarse en las inquietudes y zozobras de los jóvenes que atraviesan el difícil camino de convertirse en adultos, y su fina sensibilidad ha sabido darles ese aliento, perspectiva y coraje que sellan su destino. Ahora bien, hay algo que nos dio y que ya nos ha acompañado siempre, su afecto. Y con el afecto, su ejemplo.

Las circunstancias me condujeron desde las hieles del adolescente tardío sin rumbo ni puerto hasta las mieles de la plena realización profesional y personal. Pero es que no estaba solo en tan largo trayecto, me acompañaba el maestro insigne con su afecto y su ejemplo. Y no puedo, ni debo olvidarlo, ahora que he alcanzado el sosiego y la plenitud de la madurez, y con ella aprendemos también a mirar hacia atrás. Y tampoco puede callarlo, porque mis palabras traducen el sentimiento de tantos otros.

Nos instruía en inglés y francés. No se me olvida. Y lo hacía muy bien. Pero es que nos enriquecía con mucho más. Ahora nos hablan de sociedad global, intercultural, de universalismo, de tolerancia en la diversidad, etc. Y nos lo presentan como el signo de los nuevos tiempos. Pero a mí y a tantos otros nos lo inculcaron hace ya mucho tiempo y lo hizo una de las pocas luces que brilló en Almería en los tiempos más difíciles.

Tampoco podemos olvidar aquello que nos enseñaba y aún nos transmite constantemente. El amor por las humanidades y la alegría de vivir. El valor de la lectura y el trabajo. El del respeto y la

justa rebeldía. El milagro de la auténtica libertad, la que sólo emana de nosotros mismos. Saber disfrutar de las cosas sencillas, de los buenos ratos y, a la vez, apreciar la trascendencia de lo realmente importante. En definitiva, nos enseñaba algo cada vez más difícil de poseer, SABER VIVIR.

Aun cuando no atravieso la entonces angosta calle Granada, ni subo con mis libros por las empinadas escaleras de esa vieja casa llena de sabor y color, y aunque ya no me recibe la entrañable Manuela, sé que allí, al otro lado de la puerta, todavía me encontraré con esa sonrisa afable, eterna, de un maestro, de un amigo, casi un padre, me encontraré con Manolo del Águila, un fragmento de la historia de nuestra Almería. Y lo que de verdad cuenta para mí, un trocito, y no pequeño, de mi corazón y de mi vida.

*Francisco Alcaraz*

*Pintor*

Manolo del Águila. El hombre de la calle de Granada. Yo soy de la calle de las Cruces.

Como somos de cultura argárica-parisina. El es de la orilla derecha del río Sena, y yo de la izquierda. Visto desde la Puerta de Purchena. Visto desde la Gloria. Sitio donde se despedía a los difuntos, todo es al revés, yo estoy en la derecha, y él a la izquierda. Por estas razones a veces nos encontramos a la vuelta de cualquier, claro que para eso tengo que estar en Almería. Eso que ahora practico con más frecuencia. Siempre pasé por medio mundo con mi indalo y mis cuadros. Eso también le ocurre a Manolo del Águila con su cultura y su música.

Lo recuerdo desde que empezamos los indalianos organizados ya en la Granja Balear en 1945.

Aparecía y desaparecía con Celia Viñas. Como los ojos del río Guadiana, como otro gran amigo común, Leo Anchóriz, desaparecido, y gran dibujante, actor y mejor decorador.

Manolo del Águila siempre lleva la poesía dentro. Recitador y conocedor del folclore español y francés, como pocos... y alguno más. Fue amigo del maestro Padilla, que conocí gracias a mi Maestro de dibujo D. Juan Cuadrado Ruiz, sin saber yo la importancia que tenía este Maestro compositor Padilla en este país, en Francia, y en el mundo, como lo comprobé en París.

Manolo toca el piano, como buen compositor que es. Le he escuchado bien.

Le gusta vivir en Almería, como le ocurría a Perceval y ejercer su «chovinismo» como Dios manda. Así es su mundo. Siempre anda deprisa por el Paseo, con sus carpetas buscando, buscando algo importante, o menos importante, sean personajes anónimos o artistas de cualquier género, porque se interesa por todo.

Si le preguntasen a él por los indalianos, seguro que contaría nuestra historia con buen música de fondo, y en plan realista. Su gran memoria es envidiable y su música, siempre a los ausentes nos recuerda el volver, cuando escuchamos sobre todo, su composición *Si vas pa la mar*.

*Cantón Checa*

*Pintor*

Creo que Almería le debe más a Manuel del Águila de lo que muchos nos hemos parado a pensar, quizás no apreciamos lo suficiente a nuestros grandes valores. Manuel del Águila está dentro de ese grupo de almerienses destacados del siglo XX, siendo un elegido dentro de la parcela cultural de nuestra ciudad a lo largo de los últimos cincuenta años. Tuvo vocación europeísta antes que los políticos la inventaran para España, paseó el nombre de Almería desde Radio Nacional de España, tratando periodísticamente con acierto y cariño todo lo concerniente a la cultura local a lo largo de casi un cuarto de siglo. Es autor de música y letra de numerosas composiciones, destacando de forma muy especial la titulada *Si vas pa' la mar*. La Universidad de Barcelona le otorgó, en 1950, el Premio Nacional de Canción, con un tema almeriense.

Escritor, conferenciante, poeta, músico, compositor... y sobre todo hombre humano que ha sabido ganarse el cariño de cuantos le conocemos...

Sin rodeos, para mí, su amigo, es un gozo amplio que se le reconozca a Manolo su labor en el bien de la cultura almeriense a lo largo de toda una vida, a persona que lo tiene tan merecido y al que me sumo con un cariñoso abrazo.



*Julio Visconti*

*Pintor*

Nunca es fácil escribir sobre un amigo, máxime si es personaje tan ilustre como lo es Manolo del Águila: el escritor, el músico, el narrador, el conferenciante, el crítico de arte, el viajero, etc., etc.

Si por muchas cosas Del Águila destaca, la principal cualidad es la de «persona humana» y por eso tiene amigos en todas partes, porque puede hablar de todo con todos y siempre con el efecto de un encantador de serpientes. Amigo sincero de sus amigos, jamás habla mal de nadie y siempre le encontramos allí donde hay que homenajear y agasajar a alguien con su aire humilde y bonachón que le caracteriza, al que nunca hay que invitar porque es de la familia.

Será memorable el homenaje a Manolo que hace tiempo se estaba pidiendo. A él me sumo de todo corazón con todo el afecto.



*Emilio Esteban Hanza*

*Abogado y escritor*

No siempre es cierto que «el tiempo todo lo borra». En Manuel del Águila el inexorable tiempo hubo de quebrar, plantarse y caer en el vacío para dejar que perviva y se eternice la savia juvenil.

Resulta difícil encontrar en nuestro derredor hombres que, como él, hayan burlado al octavo decenio aferrados a una vida de actividad intensa y, aún más, extasiados disfrutando y compartiendo cultura, tertulias, vivencias y emociones que suelen ser, en tales dosis y medidas, patrimonio de la gente joven.

En el Congreso de Grenoble un masivo grupo homogéneo asumió por derecho propio el rango de una nueva CLASE; un nuevo poder social se imponía en la historia de la humanidad: LA JUVENTUD. Allí debió estar, indudablemente, rondando e inspirando el espíritu de Manolo del Águila.

Decía EPICETO que «si los cimientos del alma son fuertes la fortaleza no tendrá que capitular nunca». Nuestro homenajeado, con una experiencia existencial de ochenta primaveras cimentadas en un alma fuerte y renovada, resurge cada mañana con un nuevo ansia, una ilusión, una música creada, recordada o quizá sólo tarareada, pero siempre a tiempo para traspasarla novedosamente a sus amigos.

Sus columnas periodísticas son un modelo de modernidad. Si sus contenidos se remontan a veces a hechos pasados que él vivió, les infunde el arte y la magia remozándolos con pensamientos de hoy. Se diría que, en ocasiones, elabora manjares antiguos cocinados con recetas de ahora y sazonados con salsas de rabiosa actualidad.

Ese es un rasgo que he detectado en la personalidad de Manolo y, por ello, en su polifacética actividad de escritor, poeta y compositor se entiende con todos y todos se sienten agusto y confortados en la presencia de este incansable tertuliano.

De tu fecundidad en proyectos y logros concretos musicales y líricos hablarán hoy y se explayarán tantos amigos y escritores. Yo

me quedo, en el largo trayecto que te he conocido (hasta provocar dos dedicaciones tuyas en tu «Puerta Purchena»), con tu vitalidad arrolladora y tu omnipresencia allí donde germine o florezca un brote de la cultura almeriense.

No eludes el esfuerzo cuando vuelcas tu mirada en el mundo y en la Almería de tus entrañas; podrías ser una luz y un paradigma para tantos intelectuales y artistas que se escudan en los «años» para adocenarse y quedar estériles o rutinarios, con producciones tardías y vacuas o escasamente creativas.

Su palabra afable llega siempre al amigo como un aire fresco y relajante. Cuando la conversación de sus interlocutores languidece, aparece natural y espontánea la voz mediática de Manolo, revitalizadora, y llena de contenido, trocada, en casos, en chispa de humor provocativo y amablemente punzante.

Almería es deudora de este hombre nada ególatra y sencillo que la ha prodigado y piropeado en himnos, canciones y artísticos ditirambos ofreciéndole sus mejores virtudes y esencias. Y no sólo a Almería, también a los pueblos de su provincia y a sus hombres y mujeres.

Si la juventud de Manolo se deja ver con entusiasmo febril en cada amanecer de su ciudad natal, Almería le devuelve reconocida su sol y su brisa mediterránea con un abrazo de gratitud.

Antonio López Ruiz

Querido amigo Manuel del Águila:

No sé si archivas el texto de tus trabajos de prensa y radio, pero sé que has escrito muchísimos y no sólo en tu colaboración semanal en la sección «Puerta Purchena» de *Ideal*. Como recuerdo y homenaje a tu dedicación en este campo del arte, he aquí unos cuantos ejemplos de ellos que conservo en los archivos de mi ordenador. Como me han recomendado brevedad, seré breve y solamente aludiré muy brevemente a algunos, muy pocos, de ellos:

¿Recuerdas, para empezar, que cuando el 15 de noviembre del año 1945 tuvo lugar el Tercer concurso Provincial de Artesanía en la Escuela de Artes y Oficios de Almería, resultaron premiados un retrato de Capulino, un tazón de manzanas de Cañadas, un bodegón con lavafrutas de Cantón Checa, un retrato de Domínguez y un paisaje de Alcaraz? El nivel en la sección de pintura había superado al de los concursos anteriores. Estuvo presente Perceval. Tú eras muy joven, pero recordarás, supongo, que en aquella ocasión se otorgó también un premio extraordinario a la obra de García Ferre.

Empiezo con esta evocación porque, más de medio siglo después de que tuviera lugar este certamen, tú recordabas a los almerienses al padre de este último artista, emigrado a la Argentina al final de la Guerra Civil, en tu artículo «García Ferré, almeriense de pro», aparecido en *La Voz de Almería*, el 17 de octubre de 1999.

Tu pluma ha estado presente en muy numerosas manifestaciones de artistas almerienses y no almerienses. Si revisas tu archivo de colaboraciones como corresponsal de Radio en Almería, encontrarás algunas de ellas. ¿Recuerdas, por ejemplo, la primera quincena del mayo de 1978, cuando Miguel Martínez expuso 60 paisajes en la Sala del Banco de Bilbao? Hiciste entonces la reseña de la exposición de Miguel para Radio Nacional de España. Llamabas la atención, como Pepe Andrés, sobre este notable paisajista almeriense. Añadiré de paso que, además de vosotros dos, hubo otros críticos que se ocuparon elogiosamente de los paisajes de Miguel en el n° 66 de la revista *Trenes*, en el diario *ABC*, o en el *Noticiero Universal* de Barcelona.

De Gómez Abad, triunfador en Barcelona, Granada, Vitoria, Zaragoza y en otras ciudades españolas, además de la propia Almería, escribiste, y muy bien, más de una vez. En Almería, antes de sus exposiciones anuales en Harvy por Semana Santa, es curioso que empezara a exhibir su obras mostrando sus cuadros, como *Moncada Calvache*, en los escaparates de la *Papelería Inglesa*, y junto a ella, los de *La Dulce Alianza*. Acaso recuerdas que, en agosto de 1968, redactaste el Catálogo de su exposición en el Casino ¡Qué exposición aquella! Y dieciocho años más tarde, cuando en 1986 el mismo Gómez Abad participó en el I Certamen Nacional de Pintura de la Ciudad Luminosa de la Costa del Sol, celebrado como en años anteriores en la Escuela de Artes y Oficios, el texto del catálogo era tuyo y de Pepe Andrés Días.

Ya antes, entre estas dos exposiciones de Gómez Abad, habías comentado y elogiado el estilo del «pintor de la noche» José Carrión, al que nuestro malogrado amigo Paquito García Góngora definía en 1973 como «Granadino de nación, andorrano de adopción y almeriense de vocación». Aunque no fuera de origen almeriense, exponía con frecuencia en Almería y te llamó vivamente la atención su modo de captar la luz nocturna. A finales de diciembre de 1975, después de las exposiciones que celebró durante ese año en Galería Carrera de Murcia, en el Casino Cultural de Molina de Segura (Murcia) y en la Galería de Arte Meliá (Granada), pudimos ver los cuadros de Carrión en su muestra del 2 al 15 de diciembre en la Caja de Ahorros de Almería. La exposición se denominó «Apuntes almerienses» y fuiste tú quien presentaste la sugestiva obra del pintor. Fueron 43 óleos, sobre todo paisajes, y la recuerdo todavía. Supongo que tú también.

También de Carmen Pinteño has escrito más de una vez, no sólo porque, en mayo de 1988, hubiera ilustrado tu delicioso libro *Siete niños en la orilla*, que presentó el añorado José María Artero, sino porque siempre seguiste con atención el paso firme de esta sorprendente y poderosa artista. Por citar sólo tus colaboraciones más recientes, escribiste sobre su pintura en el diario *Ideal* de 27 de abril de 1992 tu comentario «Carmen Pinteño, de nuevo», y es natural que volvieres a ocuparte de ella a raíz de su ambiciosa exposición con temas de García Lorca. ¿Recuerdas tu artículo titulado «Lorca, Pinteño y Granada», en *Ideal* del 11 de diciembre de 1988? Los que seguimos con interés la trayectoria artística de esta pintora, nos solidarizamos totalmente con su contenido.



---

*Testigo de la pintura almeriense*

Y, por supuesto, con lo que escribiste también como texto del catálogo para la exposición de acuarelas y óleos de Diego Domínguez Herrero, celebrada entre el 16 y el 30 de mayo de 1997, en el Aula de Cultura de Unicaja. Diego es, desde hace mucho tiempo, un indiscutible maestro de la pintura almeriense y tú lo sabes desde hace muchos años.

Del excelente acuarelista Julio Visconti has escrito y no sólo en fechas también recientes. En estos últimos tiempos, desde el 9 al 27 de marzo de 1999, Julio celebró una brillantísima exposición como todas las tuyas en la Galería de Arte Altea, de Madrid, y en su catálogo figuraban tus certeras palabras. Y pocos días después, sobre el mismo artista, aparecía en *Ideal* tu trabajo «Pintores en Madrid», con fecha 9 del siguiente mes de abril.

Si tuviera que aportar más ejemplos sobre mi recuerdo de los numerosos y acertados juicios tuyos sobre temas de arte incluso sin referirme a los literarios, en los que se muestra un elevado y humanista sentido de la vida, ni a tu creatividad musical, no terminaría en mucho tiempo ni en pocos folios estos párrafos que, según se me ha recomendado, han de ser inevitablemente breves.

Creo, en todo caso y para terminar, que sería difícil encontrar un amigo de tu alta calidad humana y con una tan fina sensibilidad artística como la tuya. Y espero que Dios te conceda vida larga y feliz y a nosotros nos conserve siempre tu enriquecedora amistad.

Juan García Belver

Manuel del Águila, todos le conocemos, es un hombre popular en los ambientes intelectuales de Almería desde muy joven. Hoy, en edad indefinida, maduro, comunicativo y seguro de sí mismo, sigue sin fruncir el ceño como no sea en actitud dubitativa, si es que alguna vez duda de algo. Es cartesiano y epicúreo todo a la vez. Lo sabe todo, ya que lo que ignora lo suplente con una improvisada ocurrencia que vale más que la verdad misma, lo que equivale a darle siempre la razón. Milagro de una fértil imaginación y una cultivada inteligencia.

Si hubiera que situarlo en alguna época pretérita habría que ir a buscarla en los arcanos del Renacimiento. Manolo y la cultura son inseparables. Viajero por toda Europa, Sudamérica, el próximo Oriente, oteador de islas y mediterráneos, lector insaciable, escritor y poeta, compositor, músico de pianos y guitarras y un permanente sentido del humor, le convierten en un surtidor de ideas y un conversador inagotable, la sonrisa abierta a todos los aconteceres, satírico, crítico e indulgente, incluso consigo mismo, y como colofón, la carcajada abierta y espontánea ante lo divino y lo humano. Todo un personaje excepcional que huye de serlo, pero que no puede evitar, por llevarlo dentro.

Empezamos a hablar en el Paseo Marítimo, andando despacio, con el mar a un lado y acabamos en Costacabana, contemplando el despegue de un avión.

Empecé a preguntarle, cortándole el discurso:

Si tuvieras que dedicarte a una sola actividad concreta ¿cuál sería?

La de profesor, la que tengo y la única que sé hacer bien, porque lo hago con vocación. ¿Se dice así?

¿Alguna otra vocación en particular?

No titubea.

La música. La música es para mí diversión y terapia.

¿Qué música prefieres?

Por encima de todas la de Mozart. Después los románticos como Chopin, Schubert, etc., aunque yo he trabajado, sobre todo, el folklore, el original, el bueno, el auténtico, el que hinca sus raíces en Juan de la Encina. Celia Viñas me pidió, en una ocasión, una música para acompañar una representación de sus estudiantes. Busqué en el «Cancionero de Palacio» y en el «Upsala». Aquello fue emocionante, desde entonces ya no he podido dejar mi afición por la música popular folklórica. Celia tuvo la culpa de mi devoción por las canciones populares y, sobre todo, por la música popular primitiva.

¿Qué relación guarda para ti la música con el teatro?

Más de la que se le viene dando. Ahí tienes la ópera, la zarzuela, el «ballet» y tantas representaciones que conjugan ambas manifestaciones artísticas.

¿Hay decadencia en el teatro? Hay decadencia en la cultura, consecuencia, tal vez, de falta de exigencia educativa en la sociedad actual, desde la escuela a la Universidad. En vez de pedir sueldos habría que pedir cultura. Sé que esto es una ingenuidad, pero lo siento así. Recuerda tú mismo cuando representábais «Los intereses creados» de Benavente en el Teatro Cervantes con los alumnos de la Escuela Normal y Celia Viñas, con sus alumnos del Instituto escenificaba obras como «Nuestra Ciudad», «Pigmalión», de Bernard Shaw, «El Emperador Jones», después de iniciar sus actividades teatrales con los «Pasos» de Lope de Rueda, con adaptación musical del medievo realizada por mi del «Cancionero Baena».

todo esto parece un sueño.

Pero aún hay más. En una ocasión hice una canción para la obra de Rabindranat Tagore con complacer a Celia. todo esto me permitió conocer toda la música más exótica y primitiva que llegó hasta mí.

Para terminar, Manolo ¿Qué haces ahora?

Estoy leyendo la versión francesa de «Viridiana». Es todo un placer.

¿Tú crees que vivimos una época decadente en el teatro?

Te repito: Hay una decadencia en la cultura por falta de planificación y exigencia en el cultivo de las Bellas Artes en casi su totalidad, si exceptuamos la pintura.



---

*Imposible reseñar todos sus encuentros con famosos. Aquí le vemos con Aurora Bautista  
y con el director de cine Juan de Orduña*

Háblame, puesto que la has mencionado, de la pintura almeriense.

Siempre me ha interesado pero no he sido capaz de cultivarla. En una ocasión fui a Viena a buscar una cabeza de Antonio, obra de un oficial español del ejército de Felipe II. De verdad que fue una aventura.

¿Y qué me dices de la pintura almeriense actual?

Después de la explosión indaliana, la pintura ha quedado algo dormida y repetitiva.

¿Le falta creatividad, como algunos aseguran?

No creo. Lo que ocurre es que los más representativos artistas de hoy se encuentran cómodos repitiendo los mismos temas. Es curioso que su mayor éxito y valoración los obtienen fuera de Almería, donde su originalidad, cromática y luminosa, causa verdadero impacto. Lo único que les exigiría a los pintores almerienses es que fuesen más exigentes consigo mismos. No permanecer encerrados siempre en el mismo círculo.

Habíamos llegado a Costacabana.

Me invita ¿Tomamos algo?

*(La Crónica)*

P. Asmao

Hierba y Rumor. Juventud y Experiencia. Genio y Figura. Verde Yuca y Azul Costacabana. Mezcla de buganvilla, geranios y jazmín. Un caballero que no ha permitido que los modernismos y lo post-moderno desboque la montura de sus buenas maneras, de su saber estar y de las respetables y admirables costumbres que recibió de sus «tres» madres, tres, según el mismo dice mientras sus ojos se humedecen y brillan con el recuerdo.

Remontando a su pasado, que es parte del mío, los que le conocemos desde siempre sabemos que es demócrata por convicción, incluso cuando ser de tal condición era un tanto arriesgado y, si me apuran, hasta peligroso (dicho sea de paso, jamás le vi levantar el brazo salvo para saludar a los amigos); es liberal por sus orígenes familiares, talante y carácter; siempre ha estado alejado de las turbulencias, entresijos e intrigas políticas; es tolerante, comprensivo y respetuoso de las debilidades y flaquezas ajenas. Compositor, letrista, poeta, escritor, conferenciante, periodista y maestro no necesariamente en este orden añade a su versatilidad creadora el hecho de que por sus manos ha pasado y pasa lo mejorcito de Almería, sea para aprender francés, inglés o hasta latín.

Es el prototipo de almeriense que viaja por todas partes pero cuyo destino final es siempre el mismo: el estanque dorado de su casa-museo en la calle Granada. Por muy laberínticas y exóticas que sean las rutas y aventuras que emprende, sus periplos que no sus sueños acaban rutinariamente en el hogar, su «Shangrila» personal, íntimo y privado pero cuyas puertas siempre mantiene abiertas a la auténtica amistad, a la buena educación y a las aspiraciones de jóvenes y jóvenes que esperan y confían en aprender algo de lo mucho que él puede enseñar.

Claro que no sé muy bien si estos regresos en el tiempo y el espacio son producto de su amor por la patria chica o si es una forma de tomar impulso y brío (ahora se dice «cargar las pilas») para continuar navegando por los océanos de la vida y de la cultura que son su caldo de cultivo y las fuentes de las que bebe el caudal de sus ya profundos conocimientos.

Le he encontrado en Ginebra tocando el piano mientras la «Patachou» le acariciaba sensualmente con su voz y su espléndida figura. He tropezado con él en las estrechas callejas de Montmartre, escuchando al acordeonista de la esquina o contemplando al pintor que plasmaba sobre el lienzo su «ópera prima». Y hasta en El Cairo le he descubierto intentando descifrar los secretos faraónicos de las Pirámides y otros jeroglíficos no tan secretos pero que no me corresponde a mí desvelar (habrá que esperar a que él escriba sus Memorias... ¡echéense a temblar queridos paisanos!). Pero pese a todas sus travesías y travesuras internacionales, donde siempre le he visto más entusiasmado e imbuido de esa inspiración propia de los «escogidos» es en Almería, fuese en casa del doctor Eusebio Álvaro o en casa de Doña Ventura Ledesma, cuyas tertulias poéticas y musicales merecen crónica aparte.

Música, Prosa, Poesía, *Seis chiquillos en la orilla*. En el fondo, su obra, ahora y siempre ha sido el mismo mensaje: ¡Almería! La lleva dentro, la vive, la sueña, la ama, y quizás sea precisamente ese sentimiento común y compartido el que nos une como un puente, tan sólido como invisible, pero que existe y gracias al cual, pese a la diferencia en el tiempo (no tan distinto ni tan distante), no precisamos ni del inglés, ni del francés, ni del español tan siquiera, para comprender el mensaje, un mensaje de nostalgia por aquello que fuimos y un mensaje de esperanza e ilusión por lo que nos queda por ser.

A Manuel del Águila Ortega, amigo primero y después, maestro siempre, es difícil catalogarle por mucho Baroja, mucho Proust y mucho Voltaire que uno haya leído. Así que, aprovechando el espíritu oxfordiano de nuestro ilustre y siempre bien querido paisano, permítanme la licencia literaria de llamarle: «a man for all seasons».

(*La Crónica*, 7-III-1993).

*Galería de almerienses. Manuel del Águila: profesor, escritor, poeta, periodista*

Antonia S. Villanueva

Tiene una reseña en la Gran Enciclopedia de Andalucía, un bagaje de años de vida en varios países europeos mientras España se dolía de los rencores de una guerra, un nutrido grupo de amigos intelectuales con los que debate de Arte y Literatura y un estado físico del que no deja de traslucir su orgullo. Pero Manuel del Águila es y tiene más cosas en su haber. sus notas biográficas reúnen hasta cinco ocupaciones distintas, aunque todas ellas encajarían en un mismo puzzle: el de un hombre letrado. Esa condición lo convierte para muchos en apreciado testigo de una época.

Su conversación se plaga de referencias a la cultura francesa, país donde estudió Bachillerato, sin dejar de manifestar un sentido profundamente mediterráneo. La letra del *Himno a la Virgen del Mar* sigue siendo su tarjeta de presentación en gran público.

*Pregunta.-* Viendo su biografía de presentación aparece como un hombre polifacético, en un mundo donde cada vez más reina la especialización. ¿Se siente de otro tiempo?

*R.-* Yo no creo que sea propiamente polifacético. Más bien, aficionado a muchas cosas, que algunas se me han dado mejor que otras. Pero no lo he hecho con un espíritu renacentista, sino sencillamente por inconstancia porque me gusta trabajar en cosas distintas, hablar de cosas distintas, tener amigos diversos. Es más agradable para la vida en todos los aspectos. Cuando insisto sobre una cosa mucho me aburro.

*P.-* Para una persona que durante el régimen franquista se movía en ambientes internacionales y salía al extranjero. ¿Cómo era el choque con la realidad española?

*R.-* Bien, porque es muy fácil tener un sentido de adaptación cuando no tienes una posición política determinada. Por educación y por ambiente he tenido un sentido muy europeo de la educación y de la vida. Sencillamente aceptar lo que estaba pasando y procurar moverte dentro de un ambiente que no te cree grandes dificultades, te guste más o te guste menos.

*P.-* Ya que habla de un sentido europeo, ¿cree que los españoles lo hemos adquirido?

*R.-* No, porque esas cosas no se consiguen tan de inmediato. Por ejemplo, el concepto de la democracia tiene que ser una cosa muy sentada y sentida. Eso te hace tener un respeto hacia la gente y hacia las órdenes. Los españoles, un poco por vehemencia y otro poco porque no hay solera en esto, ya se ha visto que no tenemos un auténtico sentido.

*P.-* ¿Cómo definiría entonces lo que es europeísmo?

*R.-* Sencillamente aceptar lo que está ordenado y encajarte dentro porque no vas a tener toda la vida un círculo de combate. Y aceptar, si llegan unas votaciones, si se ha votado una cosa determinada, tú has participado con lo que te corresponde y no solamente lo aguantas, sino que cooperas en la medida que puedas. No cambias de espíritu, aceptas lo que hay. Si cada vez vamos a tener espíritu de rebeldía ante todas las cosas, nos pasaremos la vida luchando.

*P.-* Alguien que ha vivido la etapa de desgarró interno de España y que quizá lo ha hecho desde el distanciamiento...

*R.-* Distanciamiento de una manera rotunda, no. No me he sentido nunca herido ni perseguido. Tenía un sentido más liberal de lo que pudiera haber, por ambiente familiar, y tengo muchos amigos que estaban en los dos extremos políticos. Pero yo no estoy en ninguno. Tengo un sentido europeo de aceptar lo que hay y se acabó. He vivido bien en otro tiempo y ahora también, dentro de mi medianía. Pero no he sufrido en mi carne nada. Al contrario, como era joven y un poco inconsecuente, me divertía y lo pasaba bien. Tenía mis diferencias de criterio, como todo el mundo, algunas cosas me parecían cómicas, pero yo he estado muy distante de levantar la mano y muy distante de levantar el puño.

*P.-* ¿Cree que esas heridas se han llegado a superar del todo?

*R.-* No, no se han llegado a superar. Esos sentimientos están dominados. Por una razón, porque no ha pasado el suficiente tiempo, ni tampoco se ha pasado el baño de aceite suave que hay que pasar sobre las cosas. Unos, porque son hijos de gente que lo ha pasado muy mal, de perseguidos. Otros, porque vivían muy bien y esperan seguir en el mismo plan.

Yo no tengo mucha confianza en una derecha firmísima porque son los hijos y los nietos de sus padres y de sus abuelos, donde las palabras democracia y libertad sonaban a anatema, no se podían ni decir. Habrá que ver luego si son capaces de tener un sentido más europeista, entendiendo por tal lo que es Suiza, Francia, Bélgica... No han llegado todavía, cuando leguen, si lo hacen, habrá que verlo. Pero no lo tengo muy claro.

De todas formas, yo votaré cuando llegue su momento, pero nunca digo a quién. Siempre voto, hasta ahora lo he hecho siempre. No puede uno vivir al margen de su tiempo. Pero como yo vivo muy al margen política, de aquélla y de ésta, no me va a ahogar.

### *El voto*

*P.- ¿Nunca se ha comprometido por una causa?*

*R.-* No. Porque no creo en las causas claras en este país. Puede que las haya en otro lado, pero aquí todavía no están claras. Nunca me he comprometido ni he hecho proselitismo. Creo que la democracia tiene una cosa muy mala, que es el voto, porque hay que hacerlo, pero una cosa muy buena, que es el voto, porque puede hacerlo. Pero no creo que un voto mío o de otro pueda tener la misma importancia que el de un campesino analfabeto. No tiene el mismo valor porque se deja llevar por el último que hay o por la última pasión. Nosotros somos un poco más razonadores, supongo. Un poco de cultura y un poco de concepto de la historia hará algo.

*P.- ¿No piensa que esa opinión es fácilmente criticable?*

*R.-* Yo no digo que no voten, pero que no tienen la misma calidad, no de importancia, sino de razonamiento, el voto de un analfabeto que el de uno que no. Pero la democracia es eso, y es lo bueno y lo malo a la vez.

*P.- ¿Quién cree que encarna ahora mismo mejor el sentido europeista en España?*

*R.-* Yo no conozco a nadie. Puede que algunos intelectuales. No lo veo muy claro, porque, quieras que no, todavía hay presiones y ambiciones. Tampoco creo que el ser europeista es ser lo máximo.

P.- ¿Se siente identificado con el concepto de afrancesado?

R.- Sí y no. De Francia siempre me ha gustado su Literatura y cierto sentido de acaparación artística y de centralización de ideas. Pero yo he vivido como español, he hablado mucho francés y mucho inglés. Si tienes además en cuenta que he vivido en Suiza, que tiene cinco fronteras, y estaba a cada momento en Austria, en el Norte de Italia... Un hombre, o es una esponja o no es nada. Si es una esponja, de aquí pillas esto y de allí lo otro y algo te queda. Cuando hablo de europeísmo es así, un poco esponja. Por eso no puedo decir que soy galo, ni sajón, más que nada soy muy mediterráneo. Tengo, eso sí, mucha influencia de Celia Viñas, como amiga y como catedrática, que no fue mía, porque yo era casi de la misma edad.

#### *Un faro para Almería*

P.- ¿Qué significó Celia Viñas en la vida sociocultural de la Almería de aquellos años?

R.- Celia fue un faro para la gente de aquí. De sus manos salieron una cantidad de alumnos que ella dirigía siempre a cosas de letras que hoy son directores, decanos, catedráticos y profesores de universidades. Era íntima amiga mía y casi vivió en mi casa. Un ser excepcional, digan lo que digan.

P.- ¿Cómo es la Almería de hoy con respecto a la de esas décadas?

R.- Arquitectualmente, aquella era mucho más bonita e interesante porque era una ciudad más pequeña pero con un sentido de uniformidad. Las calles guardaban relación con las alturas de las casas. Hubo el mal gusto de empezar a levantar bloques altos, de tal manera que ahora Almería parece una especie de dientes de vieja. Han intentado moderarlo, pero ya el mal está hecho. Tenía entonces un atractivo que los escritores que venían en aquella época hicieron un comentario muy agradable, diciendo que era una ciudad un poco antillana, calles anchas, árboles, muchas plazas. En cuanto a la Almería social, hasta la llegada del cine fue un poco repetición de una Almería de principios de siglo, porque se hizo reflejo de la vida madrileña, fiestas de mucho postín, la gente bien vestida... Después, con el cine, vino un cambio muy brusco. De golpe y porrazo se empiezan a hacer películas y, como eran masivas, participaba toda

la gente joven. Eso fue una inyección de modernismo y un poco de descaro. Hubo que cambiar de golpe el concepto porque niñas que no habían salido nunca se iban a Tabernas y pasaban noches allí en los campos, y chicos igual. Yo aquello lo viví muy cerca porque como corresponsal de Radio Nacional tuve que dar cuenta de todo. Aquello despertó mucho a la ciudad. Quizá se perdió un poco de moral, pero como ésta era muy exagerada, quedó en lo que tenía que quedar.

*P.-* Qué es lo que ha aportado la cultura de los invernaderos con respecto a otras como la de minería o la de la uva?

*R.-* Ha aportado sobre todo holgura económica. Hay mucha gente que trabaja y mucha que está sacando partido, si no se está estrujando demasiado a la tierra. En tiempo de las minas y de la uva era una ciudad dormida o adormilada que vivía de las cosechas y un poco señoril, puesto que todo el mundo tenía su finquita. Era una cosa bonita y elegante, indiscutiblemente había cierto señorío. La gente se sujetaba a aquello, sabía que iba a cobrar, y era un poco indolente y vaga. Estaban mucho en la puerta de los cafés.

#### *El cuarto de estar de Almería*

Desde el punto de vista económica quizá no fuera importante, pero desde el punto de vista social era muy agradable, el Paseo era como una especie de cuarto de estar de Almería. Hay que distinguir también la vida antes de la guerra, que esa la conozco un poco de reflejo, que la posterior. Ya entonces la gente no podía vivir de los cortijos porque habían estado tres años de guerra parados, más cuatro o cinco después, más que luego se fueron los trabajadores... El mundo agronómico se rehizo con los cultivos extratempranos.

Las minas era una cosa más soterrada. Almería tuvo mucha influencia extranjera, porque las dos compañías eran de fuera. Había ingenieros y sus familias que eran los que marcaban la pauta, una vida que se copiaba en cierto modo. La gente bien enviaba a sus hijos a estudiar a Inglaterra.

*(La Voz de Almería, 12-IX-1994)*



*Manuel Hidalgo del Águila*

Desde mi niñez, mantengo recuerdos íntimos de la creación de mi barrio El Alquián, y mi vivencia en éste de vida y costumbres de sus gentes. Es un recuerdo que llevo grabado en el último y más apreciado rincón de mi alma, que es lo más bonito y limpio que luego le queda al hombre.

Por ciertas circunstancias, fui hombre demasiado pronto, ya con diez años de edad ayudé a mis padres en el trabajo de panadería. Dios me ayudó mucho, y sobre todo esa frescura y alegría de ser niño, que inspiraba siempre simpatía. En mí, no existía todavía pecado alguno. Sí, no solamente esa comunión diríamos espiritual, semejante y limpia a nuestra naturaleza de Dios, que siempre nos manda ese viento acariciante, con esa luz, olor y sabor. En mi duro trabajo, con mis padres en su panadería, siempre tenía un contenido de grato placer las palabras de ánimo y cariño de ellos; pero parte de esa felicidad se la debo a mi tío Manolo, que venía de la capital donde residía, a visitarnos y me hacía regalos, siendo niño, cuentos: recuerdo que lo primero que leí fue «Lucha en el aire de Pinocho y Chapete». Luego de mayor, aparecía con libros, novelas. Para mí fue muy bueno y es siempre una gloria recordarle, porque recibí enseñanza y cariño.

Mi tío sintió mucho cariño hacia sus hermanos, a pesar de que circunstancias de la vida, les hiciese vivir separados. Procuró mantener ese lazo de amistad con el barrio, hasta hacerse mayor. Creo que donde se sentía mejor y más satisfecho, era en mi casa o en casa de mi madre, su hermana Carmen. Ahí en ese trozo de cielo, mar y campo, con aquel pequeño puente que tanto para mí, como para mi generación, fue un puente entrañable. Los muchachos le llamaban el puente de la finca de Carmencica del Águila, limitada por acacias y jazmineros bellos, pocos eficaces centinelas de las frutas y hortalizas, que a veces tentaban los deseos de la muchacha, cuyo hurto mis padres perdonaban, con el más generoso gesto. Yo estaba convencido de que mis padres sembraban para ellos y para los demás.

Lo cierto es que el puente era en el atardecer, el lugar de reunión de los muchachos de la barriada, mitad hortelanos, mitad pescadores. Sentados en sus muros, hemos pasado muchos horas de charlas,

risas, bromas y de canciones, a ello se nos unía un vientecillo perdigaleño que traía la brisa del mar, arrastrador a su paso del olor de las acacias y los jazmines. Era un lugar agradable, que contribuía a unirnos, proporcionándonos mucha felicidad. Mi tío estrecho relaciones con todo nuestro grupo, que llegaron a quererle, recibíendole con alegría por su sencillez y simpatía; quizás, también, porque nos traía un aire nuevo de libertad, de pensamientos, de cultura, de comprensión y de afecto, en un lenguaje fácil y con la más cordial camaradería. Cantaba con nosotros; participaba de lleno en todo, y a veces nos aportaba letras y música que se inventaba, sus versos o sus canciones. Tenían la sencillez inimitable de lo más auténticamente popular, porque ésta es una asignatura que no se aprende en las academias, ni en las universidades, sino viviendo y participando, como él lo hacía, en la propias entrañas del «pueblo», recorriendo caminos y adentrándose en el litoral o la montaña. Yo pienso, no ya como sobrino, sino como un amigo leal; que si otros ganaron honores exaltando sus regiones, él se ha ganado por cerros, ramblas y litoral almeriense, más de un sobresaliente. Tiene un buen título ganado en este barrio que le vio nacer «El bien querido por todos».

Francisco Capel del Águila

Creo que lo mejor es empezar por el principio para despejar esa vereda que me une a mi tío Manolo, tratando de enhebrar, aunque sea como un narrador al que le faltan los términos, el tiempo que pasé a su lado durante mi niñez y parte de mi juventud.

Decía Simone Signoret que *el pasado es un tiempo de equivocaciones, que la nostalgia ya no es lo que era sino que además es un absurdo pasatiempo*. Sin embargo, volver al pasado es la mejor manera de volver a vivir nuestra juventud y recuperar nuestras señas de identidad. Y la juventud que a mí me tocó vivir no la puedo concebir sin la figura de mi tío Manolo del Águila.

No recuerdo con precisión cuando le conocí. De pequeño iba a su casa *de visita*, cogido de la mano de mi madre, que me hacía mil y una recomendaciones para que me comportara bien. Para entrar en su casa se tocaba una campanilla, y con una cuerda, que se deslizaba por un primitivo mecanismo de poleas, se tiraba desde el piso de arriba y se abría la puerta de la casa. No había que identificarse para entrar: ¡Adelante!, era la voz que se oía al otro lado de la cancela. Subíamos por una escalera de mármol blanco, cuyos peldaños estaban pulidos por el paso de tanta gente que, de una forma u otra estaba relacionada con él. Allí llegaban personas de todo tipo y condición. Era un referente en el mundo literario de la época y la gente acudía a él con mucha frecuencia. Pero el trasiego principal lo provocaban los alumnos de clase: pequeños, medianos y adultos subían y bajaban continuamente por las escaleras que unía su clase con el exterior.

La casa de los siete balcones, cerca de la puerta de Purchena, donde vivía mi tío con su familia, y en la que aún vive, me impresionaba por su tamaño y la diversidad de salas y rincones donde siempre había algo que me llamaba la atención, fotos dedicadas de personas populares, libros, dibujos, postales, cuadros de amigos y objetos de cualquier lugar del mundo.

Mi madre, su hermana, aunque no se habían criado juntos, le tenía un gran cariño y admiración y me decía que cuando fuera mayor debía parecerme a él. Nos sentábamos en el cuarto de estar con Doña

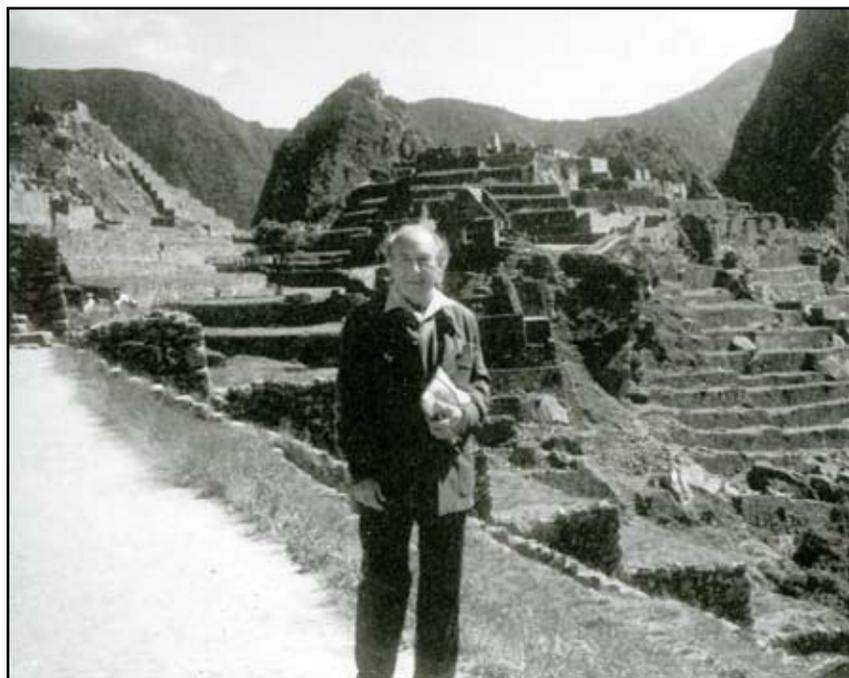
Dolores, su madre adoptiva y Manuela, su tata y esperábamos a que llegara mi tío. Nos saludaba y, a veces, se quedaba con nosotros a charlar un rato y, en la mayoría de las ocasiones, se marchaba a sus clase o a sus múltiples quehaceres literarios.

Decía Galdós en su obra *Fortunata y Jacinta: Dondequiera que el hombre va lleva consigo su novela*. Mi tío vivió otro mundo social y cultural muy distinto al resto de su familia. Huérfano de padre y madre a los pocos años de nacer, fue educado en el seno de una familia culta. Se encontraba al otro lado de la frontera de la educación y la cultura, que es la que separa a unos seres de los otros.

En una de esas visitas mi tío le dijo a mi madre: *mándame al niño a las clases de francés*. A mi madre se le iluminó la cara porque estaba deseando que yo empezara a tener una relación más directa con mi tío y a educarme de otra forma distinta a la que a ella la vida le había negado. Yo no me alegré tanto porque era muy pequeño, pero acepté el reto con cierta resignación y curiosidad, y así empezó mi relación con mi tío Manolo.

Las clases de francés se daban en ambientes muy cálidos y agradables que mi tío cuidaba como un director de teatro cuida el escenario de sus personajes. En invierno nos reuníamos en una de las habitaciones de la casa en donde había un piano con una bailarina de porcelana encima, cuadros de amigos suyos y libros por todas partes. Durante el verano las clases se trasladaban a la terraza. Se iniciaban al atardecer, cuando el sol dejaba de calentar y se despedía lentamente en el horizonte. Estábamos rodeados de amplios maceteros encalados sobre los que destacaban azulejos esmaltados con colores primarios, imitando una decoración árabe. Había yedras, jazmines, geranios y árboles chinos. Cuando o había luz natural mi tío encendía unas lámparas de caracolas que colgaban por encima de la mesa de trabajo. Nos sentábamos alrededor en pequeñas mecedoras. Aunque utilizábamos el Método de Raoul Massé, mi tío lo completaba con unos textos que él mismo preparaba y que servían para poder hablar en francés sobre otros aspectos más actuales y menos académicos. Las clases tenían personalidad propia: ¿Quién ha dado clases en una terraza, dominando el paisaje y despidiendo el atardecer sentado en una mecedora, leyendo bajo la luz difuminada de una caracola de mar y oliendo el aroma del jazmín?

Ejercía su magisterio con total vocación, en una atmósfera de mutuo respeto y con total libertad, sin más limitación que la que nos impo-



---

*Manolo del Águila en el Machu Picchu*

nía nuestros propios conocimientos del idioma. A veces se presentaba en clase algún personaje curioso, amigo suyo, extranjero o no, o un antiguo alumno. Lo introducía en la clase como uno más y le hacía que nos leyera algún texto o que nos comentara alguna anécdota o experiencia.

Se interesaba por nuestros pequeños problemas y nos gastaba bromas sobre los amores de juventud. Mantenía una relación personal con el alumno. Y como dicha relación nunca se cortaba, conocía la evolución profesional y personal de la mayoría de sus discípulos. Su amigo Kayros, en uno de sus artículos, comentaba *que Manolo del Águila conoce la vida íntima de las estirpes almerienses a punto de desaparecer*. Han sido muchas las generaciones que hemos pasado por su casa y él continúa, como decía García Márquez, *con una salud casi insolente de un marinero en tierra*.

Paralelamente a las clases de francés mi tío empezó a dejarme libros para que me iniciara en la lectura. Cuando eres pequeño es muy difícil leer novelas, tienes que salvar los primeros escollos que te pongan en el camino de la narrativa. Pero él me facilitó el difícil comienzo de leer un libro. Puso a mi disposición su inmensa biblioteca y me iba seleccionando los autores y las obras para que me fuese aficionando, hasta descubrir la *pasión por la lectura*. *La isla del tesoro* de Stevenson, una de las primeras novelas que me dejó, me pareció uno de los libros de aventuras más inolvidables que leí en mi juventud. Después de una primera etapa con obras de fácil lectura, me fue introduciendo en los clásicos de la literatura española y universal. *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja y las estupendas biografías de Stefan Zweig me dejaron recuerdos memorables. Descubrí la dureza de las obras de Dostoyevsky y el complejo mundo de Oscar Wilde. Me acostumbré a leer teatro y me apasionaban las obras de Unamuno, Chéjov, Ibsen, Pirandelo y muchos otros autores. La lectura de tantos libros me provocaba una acumulación de sentimientos y de sensaciones difícil de explicar, pero me dejaron un poso cultural que fue decisivo para mi formación.

Una tarde le acompañé, con más gente, al faro de poniente, cuya luz, cortada a trazos rectilíneos, giraba lentamente iluminando el mar en la oscuridad de la noche. Era una noche de verano. Nos sentamos en el suelo en forma de círculo, como si fuésemos a iniciar un aquelarre. El mar estaba en calma pero se oía el ruido de las olas al golpear en los acantilados. Y con la luz de la media luna, reforzada con la

de unas antorchas humeantes, empezaron a leer poesías, de poetas muertos y de poetas vivos, de poetas prohibidos y de poetas olvidados y que yo escuchaba con suprema solemnidad. Aunque la situación me desbordaba un poco, estaba impresionado por el ambiente que producía la musicalidad de los poemas y por todo lo que allí se decía. Mi tío me habló después de alguno de ellos, de los misterios que revelan los poetas cuando escriben, del mundo mágico de la poesía y también de las trágicas circunstancias por las que pasaron muchos poetas: exilios, humillaciones y hasta el asesinato. A partir de entonces, de la mano de mi tío Manolo, empecé a conocer los nombres de Witman, Machado, Lorca, Miguel Hernández, Neruda, Alberti, y tantos otros cuya lista sería interminable.

Y como nunca ha existido ninguna cultura sin música mi tío Manolo me inició, como gran melómano y autor de algunas partituras, en el mundo de los sonidos musicales. Me hacía oír tanto a compositores barrocos como clásicos y románticos. Y por primera vez empezaron a sonar en mis oídos las obras de Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin, y Chaikovski. Era otro tipo de sensaciones que sentía relacionadas con el mundo apasionante de la música clásica que, como decía Nietzsche, *el verdadero mundo es la música*.

Mi tío nunca sincronizó con un mundo de urgencias. Para él el tiempo tenía otra dimensión, tanto para charlar con los amigos como para escribir sobre un determinado tema. Debido a una sólida formación literaria, sus crónicas radiofónicas, conferencias y artículos están llenos de rasgos, de incidencias y de personajes bien trazados, utilizando una prosa con la naturalidad y flexibilidad que da la madurez cultura.

Como comentaba el poeta Bredma *la vocación de escribir es el resultado de la vocación de lector*. Y ambas vocaciones mi tío las ha practicado con dedicación y maestría. Era el modo que tenía y tiene de entender la vida.

Mi tío Manolo utilizaba el lenguaje como vehículo de sensaciones. Antes de que hubiera escritura, la gente tenía necesidad de contar historias. Y mi tío siempre ha sido un conversador nato. Pertenece a una generación que descubrió la literatura en la fascinación de la palabra.

A mí me contaba anécdotas y emociones íntimas que yo escuchaba con atención. Una vez, paseando por el puerto, en el crepúsculo de la tarde, me leyó unos fragmentos de la novela de Longo, Dafnis y Cloe:

*...Dafnis, riéndose amablemente y besándola con un beso más amable todavía, le ciñó aquella corona de violetas, y comenzó a contarle la fábula de Eco, pidiéndole en pago de su enseñanza diez besos más...*

Yo me quedaba un poco impresionado al escucharle hablar de unos amores juveniles muy distantes todavía de mi edad. Y le ponía tanta pasión a lo que contaba que a veces me costaba trabajo separar la ficción de la realidad, como si el paso de una a otra fuera transparente.

Con él fui a múltiples exposiciones, conferencias, conciertos y todo tipo de actividades culturales que se organizaban en Almería. Me llevó a ver películas polémicas por entonces y de directores famosos como Hitchcock, Bergman, Buñuel, Fellini y Wells.

Y así podría continuar con multitud de situaciones que he vivido junto a mi tío que, inconscientemente, iban dando cuerpo a mi educación. La compartición de anhelos e inquietudes y una continuada proximidad física dio como fruto una cálida relación, cumpliendo los deseos de mi madre, basada en un compañerismo sólido durante todo el tiempo que estuve en Almería.

*Pedro Mena Enciso*

De exquisito gusto y refinada cultura, este intelectual almeriense merece figurar en un lugar destacado entre los grandes humanistas del siglo XX.

Le conocí allá por los años 70, cuando tuve la posibilidad de asistir a sus clases de francés y, desde el primer momento, me di cuenta de sus excelentes dotes intelectuales. Espíritu dinámico y creativo, este hombre polifacético, gran profesor y excelente persona, nos hacía gozar con su sabiduría a aquellos que teníamos la suerte de recibir sus lecciones. Pero no sólo destacó como profesor de idiomas, ya que su inteligencia creadora le llevó siempre a ir más allá de lo vulgar y lo mediocre. Así, se convirtió en un gran compositor (es de todos conocida su canción «Si vas pa la mar», que posteriormente popularizó Manolo Escobar) y creó grandes obras que, en la segunda mitad del siglo XX, han interpretado numerosos artistas. Colaboró también con el Maestro Padilla en el himno de la Virgen del Mar y como músico y poeta es un privilegiado. Ganó varios premios en español e inglés, aunque no todos los que él merece. Recuerdo algunos poemas que nos recitaba en clase y también las canciones y composiciones al piano. Su casa de la calle Granada, a la vez academia y museo de cultura, encierra muchos secretos y tantas anécdotas e historias que sería muy largo de relatar aquí.

Su labor en los medios de comunicación también debe ser señalada: trabajó durante 18 años en Radio Nacional de España y colaboró en periódicos como *ABC* y *La Vanguardia*. Actualmente es columnista destacado de *Ideal* y, precisamente en este periódico, tengo la posibilidad de leer su siempre brillantes ideas y comentarios. Mi viejo y curtido profesor, desprecia, igual que yo, a esos que se escuchan al hablar, a los fantasmas de la vida, todo fachada y gomina pero poco fondo y sensibilidad. Él es un alma noble y bella, autor de tantas frases ingeniosas que podríamos escribir muchas páginas. Este personaje que es capaz de hacer cosas por amor al arte, que huye de una sociedad de consumo y apariencias, es un comunicador nato, un gran conversador del que siempre hay algo nuevo que apren-

der. Fruto de su ingenio y talento natural, sus discípulos pudimos interiorizar una serie de valores profundamente democráticos, una moral íntegra, basada en el respeto y valoración a los demás. Fue, en este sentido, un espíritu crítico que amó la libertad aún en los momentos más difíciles.

Es admirable su dominio del lenguaje, a base de un amplio y riquísimo vocabulario, con gran capacidad para analizar la realidad social y cultural almeriense y española. Una compañera mía, también alumna de Manuel del Águila, me decía que una de las virtudes del Maestro era su capacidad para dar ánimos, levantar la moral y encontrar la palabra apropiada en el momento necesario. Es verdad, siempre aparecía dispuesto a darte el consejo del experto, nunca se lamentaba ni se mostró jamás pesimista o triste. Buscó siempre el lado bueno, la cara positiva de la vida. Nos transmitía entusiasmo y ganas de vivir.

Amigo y admirado Manolo, como tu decías, es verdad que en tecnología hemos progresado de forma ininterrumpida, pero nos hemos dejado en el camino los valores morales y corremos el riesgo de embrutecernos. Por eso, es necesario que el mundo alumbre genios que como tú sepan ver más allá de esta sociedad superficial en que vivimos para encontrar la perfecta armonía entre lo físico y espiritual.

Querido profesor, gracias por tu ejemplo, y espero que algún día Almería sepa reconocer tu valía.

*(Ideal)*

*Su, de ellos**Paco Campos*

Esta misma mañana lo he visto, casi siempre lo veo por el mismo sitio, por el entorno de las calles que suben hacia su casa, y él subía por ellas. Estaba yo hablando y desde la acera de enfrente me mira y me llama, primero para saludarme y luego para regañarme, como en los viejos tiempos, y me dice que todavía me está esperando (Manolo, es que siempre pasa lo mismo, que no encuentro tiempo ni lugar, es de verdad), y cariñosamente me da en el hombro y con eso me dice todo lo que tenía que decir, y esta tarde, cuando aún no hay noche del todo, cuando todo se ha puesto gris al mirar por la ventana y escribo este folio para sacar el recuerdo del tiempo largo y lineal de esta Almería nuestra, se amontonan los recuerdos de esos dos años escasos que sirvieron para hablar perfectamente el francés de cara al examen de PREU en Granada, y de modo cinematográfico corren tantas imágenes que sólo dan pie a que extraiga una comprensión global formada por una serie de datos nada precisos pero sí muy agradables y que sin resaltar unos sobre otros todos apuntan a una configuración en la que se aúna el amigo, el profesor y hombre, distinto a todos los de su edad en ese tiempo (1964), que sabía compatibilizar perfectamente el periodismo, la enseñanza y el testimonio tranquilo y desenfadado, la antítesis diría yo, de un funcionario del Servicio Nacional del Trigo, nombre emblemático de unas oficinas encaminadas a vigilar la despensa del pan de la nación, como si en un estado de guerra se tratara, y que definía perfectamente ese estado de sitio permanente en que nos encontrábamos, como pasaba con otras muchas: la Fiscalía de Tasas, o la Delegación de Abastos, y en ese contexto él hablaba de literatura, de música de pensamiento (tengo junto a mí ahora un regalo suyo, un libro que sacó de los anaqueles de su cuidada biblioteca y que me dio de modo natural, como el que te ofrece un cigarrillo: ten Paco, te gustará, me dijo; se trataba de una espléndida biografía de André Maurois sobre Dickens, de Ediciones Nausica, colección Retablo) y lo hacía como si no existiera, como si no creyera, en la dureza de la vida, porque, ante todo quería vernos, felices, felices de gamberros y críticos también (No confundas leur, cuando se refiere a su de ellos, con leur referido a ellos). Lo veo igual, hoy lo he visto subir la calle y pensaba si iría a dar clase.



---

*La clase de idiomas*

## Autosemblanza

*Manuel del Aguila Ortega*

No he sido muy aficionado en mis escritos a las citas nominales, como amparadoras de lo que se dice en ellas, pero he de hacerlo ahora, para obligarme a mantener una lucidez neutralizante como la tuvieron Amiel y Kafka, quienes supieron reflejar su vida con la controlada validez de la verdad.

Cuando desde el alto balcón de una edad como la mía, se contempla la vida, se ven muy claros los horizontes ya idos, y se pueden y deben considerar con la mayor franqueza y objetividad posible, teniendo siempre en cuenta, que quien escribe de sí mismo humano al fin, no calibra sus defectos como tales, sino como consecuencias circunstanciales.

Nadie socráticamente se conoce a sí mismo y siempre surgirá una autodisculpa.

Durante mucho tiempo me he opuesto a que se escribiera este libro-homenaje, tan enormemente hagiográfico, no por falsa modestia, porque bastante de lo que se dice son verdades, aunque referidas con el apasionamiento de la amistad, el grato recuerdo, la afinidad del espíritu, etc... Verdades que acepto con una complacencia emocionada que me mueve a intuir los adioses en la última vuelta de un camino al que no tengo deseos de llegar aún, porque me apetece seguir caminando.

En todo ser hay una dualidad anímica que dirige su actuación, con el imperativo de un ignorado y sordo motor, audible a los ajenos y no a uno mismo; quizás ello nos nubla las posibilidades de ser mejores en muchas circunstancias.

Yo, como Antonio Machado, mirando despaciosamente mi entorno hechos, época, actitudes, resoluciones... me considero un hombre bueno, pero bastante menos bueno de lo que estos fenomenales, apasionados y miopes amigos míos dicen. Confieso que todos ellos me han emocionado y algunos me han parecido que hablaban de alguien que no era yo, porque siempre pensé que se debe reconocer y alabar a aquellos que trabajaron y lucharon esforzadamente por sus semejantes, pero no por quienes pasaron la vida gozosa y alegre-

mente. Y... yo fui uno de ellos. Por motivo de una orfandad llegada en los primeros años de mi niñez, podía haber estado rodeado de soledades y amarguras, pero no fue así: viví y vivo entre gente que me quiere y a quién quiero, así que la palabra «gracias» a la vida se me queda corta.

Nací en Almería. Mis padres fueron Manuel del Águila y Dolores Ortega. Mi padre, del que tengo amplias referencias por viejas familias y amigos, fue un hombre de gran simpatía y atractivo físico, comerciante activo que, contemplando las dificultades que suponía el abastecimiento para la zona del Levante, cuando el río Andarax se desbordaba, sin puente alguno que lo atravesara, creó un gran almacén con panadería incluida en El Alquían, grupo de casas que él, alcalde, convirtió en distrito ciudadano, construyendo (por su cuenta materiales y terreno), con la ayuda física de los vecinos, el cementerio y la iglesia. Mi bautizo fue la inauguración y desgraciadamente mi madre y él con un intervalo de tres meses, fueron los primeros enterrados.

Mi madre, una bella rubia, orecida en las sienes, fue maestra allí, donde se conocieron y fundaron su hogar.

Un matrimonio amigo (Francisco y Dolores) asiduos visitantes, que vivían en Almería y en cuya casa mi madre dio a luz alguna vez, fueron mis padrinos y a la muerte de mi padre, y por su previo mandato, vine a vivir con ellos, entrando como niñera la entrañable Manuela, que convivió conmigo sesenta y seis años.

Entre mis dos madres hubo profunda relación, tanto por amistad como por aficiones literarias, porque la mía genética, escribió artículos en *La Crónica Meridional* y poemas de corte villaespesiano, con cierto sabor moralista de influencia campoamoriana.

Creo que de mi padre heredé la jovialidad y el gusto por la vida y de mis dos madres las tendencias artísticas.

A ellas dos y a Manuela «la tata», tercera madre, dediqué mi libro *Seis chiquillos en la orilla*.

Francisco, mi nuevo padre, fue un andaluz, alegre, vehemente aficionado a los toros, hedonista al límite y muy ligero de cascos que influyó muy poco en mí. Le debo, sin embargo, junto a su cariño, ejemplos negativos que me ayudaron a afrontar la vida y a considerar los lejanos horizontes con cautela y clarividencia.



---

*Amantes de la música: se les saluda*

Mi nueva madre fue una mujer muy cultivada, de espíritu exquisito en su educación y entrega a los demás, con un elevado sentido humano y social, proveniente del propio ambiente familiar. Huérfana de madre desde los diez años, su padre fue un médico, diputado republicano por Málaga que llegó a Almería exiliado, cuando tuvo lugar la boda de Alfonso XIII, creando en ella una sociedad médica unido a otros tres médicos jóvenes. Uno de sus hijos, ingeniero en Sevilla, donde pasé algunas semanas vacacionales, fue un entrañable tío «adoptivo» para mí.

Mi educación inicial yo llegué al colegio leyendo de corrido, enseñado por mi nueva madre empezó en la Academia de Don Manuel Tornero con Don Eusebio Garre y sus hijos, maestros también allí. Don Eusebio había prometido a mi padre (Manuel) que se encargaría de mi preparación para el ingreso y primeros años de bachillerato. Fue un gran profesor, muy culto, premiado con la Cruz de Alfonso el Sabio por su trabajo sobre *La Guerra de los Moriscos*. De él guardo un recuerdo imperecedero y sobre él escribí más de una crónica.

Hice la Primera Comunión en la Iglesia de las Hermanitas de los Desamparados, cuya superiora fue compañera de mi madre, con una gran fiesta para los asilados.

Desde pequeño hablé francés con mi madre, perfeccionándolo con Mr. Lacoste y pasando temporadas con mis tíos carnales en Argelia (Sidi-Bel Abbés) y después, durante el bachillerato en Niza, revalidándolo en el Instituto «Gabriel Fauré». Inicié el inglés con Miss Vida, y Don Ángel Redondo, completándolo, ya mayor, en Oxford.

Mis tíos carnales, Luis, Juan y Joaquín que vivieron primero en Argelia y luego en Francia pasaban sus vacaciones en una pequeña finca que conservaban en La Algaida, la actual Costacabana y yo, en esos días, vivía con ellos.

Generalmente, en mi niñez y juventud, pasaba los domingos y buena parte de las vacaciones en El Alquíán con mis hermanos, lo que me hizo convivir de lleno con los cortijeros y los pescadores de mi edad, amistades que conservé estrechamente toda la vida.

Desde niño me gustó mucho dibujar y asistí a las clases en la Escuela de Artes y Oficios con el profesor Bédmar siendo Medalla de Plata en un concurso regional junto a Perceval que fue Medalla de Oro.

Muy aficionado a los deportes, principalmente la natación, vela y ciclismo, realizándolo hasta muy entrado en los setenta años.

Estudié piano desde los siete años cinco cursos y tres de solfeo simultáneamente . Asistí a los conciertos con mi madre, que daba la Asociación Filarmónica en el Teatro Cervantes y al teatro, tanto en Almería como en los frecuentes desplazamientos a Madrid, conociendo a muchos artistas (Ana Adamuz, María Palou, Concha Catalá), sus antiguas compañeras de conservatorio, no dejándola ser actriz por los prejuicios de la época. Por este motivo tuve relaciones después con Juanjo Menéndez, Carmen de la Maza, Mari Carrillo...

He tenido una vida social muy intensa en la Almería de postguerra, debido a las viejas amistades de mis padres y por ser corresponsal y colaborador de Radio Nacional, único medio y control informativo de la época, teniendo que realizar entrevistas a intelectuales, actores de cine, etc...

Acabada la Guerra Civil hice oposiciones al Ministerio de Agricultura permaneciendo en Almería, para ayudar a la casa.

Empecé a dar clases de idiomas a principio de los cincuenta, labor que he mantenido durante cuarenta y cuatro años. Hice oposiciones a la Cátedra de Francés de la Escuela de Artes y Oficios, ocupándola dos cursos, y abandonándola para atender mi propia academia. Di cursos intensivos de español en Suiza y trabajé en Radio Berna en emisiones para América del Sur.

Hice fotonovelas como actor principal y actué como pianista y cantante en un elegante cabaret de Geneve. He tenido una vida pálidamente amorosa con tres novias y largamente erótica con amables mujeres, de lo que no me arrepiento en absoluto.

Colaboré con el Maestro Padilla en el *Himno de la Patrona*. Tuve una larga y bella relación amistosa y docente con Celia Viñas quien me arrastró a participar en sus obras teatrales, buscando y adaptando temas musicales para ellas. Fueron tiempos juveniles maravillosos.

He viajado mucho por Europa, África y América.

Tuve una gran relación musical con Emilio Carrión; literaria con José M. Artero; amistosa con Jesús de Perceval y guitarrística con Pepe Richoli, a quien organizamos Celia y yo, sus primeros conciertos.

He dado muchas conferencias en Institutos, Universidades y Centros culturales, sobre temas literarios, musicales y antropológicos.

Participé muy de lleno en los encuentros literarios «Volver a Uleila», y sigo manteniendo estrecha relación con los catedráticos que tan desprendida y grácilmente participaron, viniendo desde lejanas Universidades extranjeras.

He hecho periodismo en ABC, La Vanguardia, Green Gold, L'Expres, Nouvelles Littéraires, La Voz de Almería, Ideal y el viejo Yugo.

He participado y ganado varios concursos en Barcelona, Sevilla, Murcia y Almería, entre ellos la Coronación de la Patrona, Ritmos Populares, Centenario de Salzillo, Exaltación del Guadalquivir, Milenario de la Alcazaba, Información y Turismo, etc...

Cuentos míos se han publicado por el sistema Brailly para invidentes y traducidos al inglés y al francés.

Reconozco que he hecho muchas cosas y por esa misma prodigalidad, no pueden estar muy bien perfiladas, pero vuelvo a repetir que hice siempre lo que me gustaba. La música, la lectura y la playa llenaron muchas horas de mi vida. También los viajes, las fiestas, la largas charlas amistosas...

Pienso que puedo decir, recordando palabras de Vicente Aleixandre dichas en sus últimos días, que lo único que vale la pena en esta vida es pasar amablemente por ella habiendo sido eso que se llama una buena persona.

No soy pues, tan modesto.

A modo de explicación _____	7
<i>Antonio Fernández Gil «Kayros»</i>	
Manuel del Águila Ortega _____	11
EL PERIODISTA Y ESCRITOR	
El colegio de Federico _____	15
<i>Manuel del Águila Ortega</i>	
García Lorca y Almería _____	19
<i>Manuel del Águila</i>	
Lorca y una casa almeriense _____	21
<i>Manuel del Águila</i>	
Almería, bíblica y pasional _____	25
<i>Manuel del Águila</i>	
Celia Viñas y «Mi» Música _____	29
<i>Manuel del Águila</i>	
Mediterráneo _____	33
<i>Manuel del Águila</i>	
Andalucía, la rica pobre _____	35
<i>Manuel del Águila</i>	
Un indalo chileno _____	37
<i>Manuel del Águila</i>	
El niño ahogado _____	41
<i>Manuel del Águila Ortega</i>	
Sin los tristes biombos _____	47
<i>Manuel del Águila</i>	
RNE. Manuel del Águila, primer corresponsal _____	57
<i>Antonio Torres Flores</i>	
EL POETA	
Carnet _____	65
El trapero _____	66
Por que nació... _____	67
Coplillas de la molinera _____	68
La excavadora _____	69
El mar _____	71
Química del mar y la lágrima _____	73
Envejecer _____	74
Coplilla del cortijo _____	76
Ruinas _____	77
Reencuentro _____	78

Manuel del Águila y el mar _____	79
<i>Pilar Quiroga-Cbeyrouze</i>	
EL COMPOSITOR Y MUSICÓLOGO	
Manuel del Águila o el folklore popular _____	85
<i>Paco Cortés</i>	
La canción popular almeriense _____	91
<i>Manuel del Águila Ortega</i>	
Una visión sobre artistas músicos almerienses _____	111
<i>M<sup>a</sup> Carmen Brotóns Bernal</i>	
EL HOMBRE EN SOCIEDAD	
Almerienses de un siglo. Manuel del Águila: escritor y musicólogo _	125
<i>Miguel Naveros</i>	
«Yo fui su primer alumno» _____	133
<i>Francisco Pérez Company</i>	
Manolo del Águila y Celia Viñas o el valor de la amistad _____	137
<i>Francisco Galera Noguera</i>	
Manolo del Águila: El arte de bien vivir _____	145
<i>J. Teruel</i>	
Semblanza de Manuel del Águila Ortega _____	147
<i>Manuel Andújar</i>	
Canjáyar y el himno de la Santa Cruz _____	151
<i>Juan Pedro Vázquez Guzmán</i>	
CARTAS Y COMUNICACIONES	
Manuel del Águila y la libertad intelectual _____	161
<i>Ángeles López Ruiz</i>	
Carta a Manuel del Águila _____	167
<i>María Rosa Granados</i>	
Carta a Manuel del Águila _____	169
<i>Manuel Sánchez Tamayo</i>	
Escribe su ama de casa _____	171
<i>M<sup>a</sup> José Cotta</i>	
Para Manuel del Águila _____	173
<i>Josefa Palenzuela</i>	
Manolo del Águila _____	175
<i>Donato Gómez Díaz</i>	
El amigo extranjero _____	179
<i>Fru Furelerty</i>	
Recuerdos en torno a una amistad _____	181
<i>Norman Palmar</i>	
Manuel del Águila: ¡Agotar el mundo! _____	183
<i>Jacinto Soriano</i>	

El joven Manolo _____	185
<i>Francisco Moncada</i>	
Gratitud en el recuerdo _____	189
<i>Ángel Felices Lago</i>	
Indaliano en la Granja Balear _____	191
<i>Francisco Alcaraz</i>	
Manuel del Águila, europeo _____	193
<i>Cantón Checa</i>	
Una gran persona _____	195
<i>Julio Visconti</i>	
Manuel del Águila, un juvenil entrado en años _____	197
<i>Emilio Esteban Hanza</i>	
Notas sobre un testigo de la pintura almeriense _____	199
<i>Antonio López Ruiz</i>	
Manuel del Águila, con la cultura al hombro _____	203
<i>Juan García Belver</i>	
En el estanque dorado _____	207
<i>P. Asmao</i>	
Galería de almerienses. Manuel del Águila: profesor, escritor, poeta, periodista _____	209
<i>Antonia S. Villanueva</i>	
Mi tío Manolo y yo _____	215
<i>Manuel Hidalgo del Águila</i>	
Mi tío Manolo _____	217
<i>Francisco Capel del Águila</i>	
Tribuna abierta: Manuel del Águila, un almeriense para la historia _	223
<i>Pedro Mena Enciso</i>	
Su, de ellos _____	225
<i>Paco Campos</i>	
Autosemblanza _____	227
<i>Manuel del Águila Ortega</i>	

# Homenaje

El presente libro no es una biografía al uso ni tampoco un ejercicio académico sino una especie de contenedor afectivo donde se dan cita los principales trabajos del personaje en cuestión como los recuerdos y vivencias de muchos de los que le conocen en las diversas facetas de escritor, poeta, músico, profesor de idiomas, y en general, como asiduo testigo de la vida social almeriense en el período que va de los años veinte hasta hoy mismo. Manuel del Águila Ortega, nacido en el Alquíán, pero siempre presente en el cotidiano acontecer capitalino, es un caso más de esa constelación de almerienses que sin abandonar la tierra han ido ensanchando el horizonte cultural de sus paisanos gracias a una sensibilidad viajera. A lo largo de muchos lustros, tuvo el no escaso mérito de salir incólume en todos los bandazos políticos e ideológicos. Cuando un hombre vivaz y lúcido y hasta el momento incansable, es capaz de aglutinar tras de sí tal ráfaga de adhesiones afectivas, creemos que merece, cuando menos, un homenaje de sus amigos. El Instituto de Estudios Almerienses no hace otra cosa que reconocer públicamente el mérito artístico, intelectual y moral del autor de "*Si vas pa la mar*".



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES  
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA

ISBN 84-8108-266-X



9 788481 082661